

Taylor's.



Moonlight

La luz de la luna se volvió testigo de todas las letras que susurraban en silencio y secretismo absoluto su nombre.

Diciembre, 1908

Helen

La luna jugó entre las nubes que intentaban ocultar la batuta de esa danza nocturna que ella dirigía entre las estrellas.

Fue entre medio de esas batallas y la que mi ventana me ofrecía,— ya que esta era lo suficientemente alta como para que no me permitiera subirme a ella, dejándome sin la opción de poder admirar de mejor manera aquel espectáculo nocturno— cuando apareció la sonrisa más bonita que había visto.

Una niña de cabellos negros se coló en mi habitación con el ceño fruncido y un vestido rojo que hacía relucir a su piel pálida.

—¿Qué haces? —me preguntó cruzándose de brazos mientras yo intentaba con todas mis fuerzas que mis manos alcanzaran el borde de la ventana para poder observar con mayor cercanía esa danza de la cuál quería ser parte.

—Quiero ver a la luna bailar con las estrellas —respondí sin darle mucha importancia a la forma que ella me miró ante mi respuesta.

Ella me miró como si estuviera alucinando.

—Estás loca —exclamó sorprendida mientras yo ignoré su comentario y volví a intentar que mis manos tocaran el borde de la ventana, sin embargo, mi pequeño cuerpo no estaba siendo de gran ayuda—. Te vas a lastimar —sentenció haciendo que bufara por su falta de ánimo hacia mi mayor deseo.

Desvié la mirada hacia esa niña que ni siquiera conocía y no tardé en fulminarla con la mirada por aquel comentario.

Jamás la había visto, pero no parecía mayor que yo por lo cuál suspiré y rodé los ojos.

Seguramente era la niña que mamá había mencionado que vendría a cenar.

—Ver de cerca aquella danza valdría la pena —murmuré suspirando en un intento fallido de pensar qué podía hacer para alcanzar la ventana.

La niña frunció el ceño ante mi respuesta y no tardó en quitarse los zapatos para rápidamente acompañarme en la cama observando curiosa qué había detrás de esa ventana, la cuál aunque me esforzase no lograba alcanzar.

—Soy Laia —confirmó sin dejar esa seriedad que se presentaba en todo su rostro.

Yo solo asentí porque realmente no llamaba mi atención su presencia, más interesante era la luna y sus estrellas.

—Helen Brooke —respondí para no parecer una maleducada ante su presentación, debido a que mamá seguramente me castigaría si llegaba a descubrir la forma hostil con la cuál me estaba comportando con esa niña.

Podía tener ocho años, sin embargo, sabía a la perfección que enojar a mamá no era una opción.

—Eres rara —comentó casi en un susurro—. Pero tienes razón, la luna vale la pena —afirmó con una sonrisa que se mezcló con el cuarto menguante de la fiel gobernante de las noches oscuras.

Mientras la luz de ésta hizo que sus cabellos negros como la misma noche que se presentaba hoy, se iluminaran como si estuvieran hecho de estrellas.

Tal vez aquel reflejo tan majestuoso existió, porque la luna sabía que estaba presenciando a quién era la única heredera existente de su belleza.

Marzo, 1910

Laia resopló aburrida mientras yo no dejaba de ver cómo las estrellas encendían aquel escenario nocturno que nacía a través de la ventana de la habitación de la pelinegra.

—¿Por qué siempre miras la luna? —me preguntó frunciendo el ceño mientras yo no dejaba que mis ojos se apartaran de aquella danza tan genuina y única que solía ocurrir por las noches cuando todo se silenciaba y se oscurecía para darle un mayor protagonismo a aquel espectáculo que el mundo no entendía y que Laia intentaba comprender, pero ella era un año mayor que yo, por lo cuál muchas veces simplemente fruncía el ceño ante mis explicaciones que ella tildaba de "*cosas de niños*".

—Porque no hay nada más bonito —respondí suspirando ante las estrellas que no dejaban de hacer magia con su brillo.

La pelinegra bostezó antes de acercarse a mí y abrazarme como siempre hacía cuando dormíamos juntas en su casa o en la mía.

Desde aquella cena donde ella había entrado a mi habitación, nos habíamos vuelto inseparables. Ella no entendía la magia de la noche, pero yo la disculpaba porque daba los mejores abrazos del mundo y porque sus ojos verdes eran más bonitos que las nubes cuando amanecía.

Laia era muy bonita pero no tan bonita como la luna, no obstante, a ella parecía no gustarle que le dijera eso, porque siempre se quedaba en silencio y sus mejillas se encendían como si fueran los pétalos de las rosas que mamá pone en la mesa cuando es primavera.

—Tus ojos son muy bonitos —susurró encogiéndose de hombros lo cuál me hizo reír porque solo eran café.

—Solo son café —aseveré dejando de mirar la luna y notando cómo los

ojos verdes de ella se iluminaban de una manera que jamás había visto—. Los tuyos son esmeraldas —dije mordiendo mi labio antes de volver a sonreír—, son como la noche.

Laia frunció el ceño ante mi respuesta como si no entendiera lo que quería decir, pero eso era normal, ella no entendía mucho de lo que decía como yo tampoco lo hacía.

Supongo que el año que nos separaba no nos dejaba entendernos entre sí por lo cuál el silencio comenzó a aparecer aunque realmente no me importaba porque con Laia los silencios jamás eran tan incómodos como los que nacen entre los adultos, sus silencios son bonitos como todo su ser.

—La noche es oscura —refuté frustrada y yo chasquéé la lengua ante su respuesta porque eso era lo más tonto que me había dicho en lo que llevábamos siendo amigas.—Y mis ojos no son oscuros.

—Pero no hay nada más bonito que la noche —musité como si fuera un secreto debido a que no quería que ella frunciera el ceño por mi respuesta—. Y tú eres igual a la noche —concreté antes de observar cómo una sonrisa se instalaba en todo su rostro.

Dejé de admirar el cielo por unos minutos, para que mi mirada quedara en aquella pelinegra.

Ya que la luna había dejado de ser tan interesante, porque esa noche Laia era más bonita que ella.

Julio, 1910

El verano era mi estación favorita porque significaba que podía tener todo el tiempo del mundo para poder estar con Laia sin tener las tareas del colegio ni las presiones que ponen los adultos cuando existe cualquier otra estación.

Es como si el calor trajera libertad oculta entre los rayos de sol, además de ser quien ofrecía las noches más bonitas de todas.

Sin embargo, en los últimos meses me había dado cuenta que el día podía ser bastante atractivo si lo pasaba con esa chica pelinegra que había crecido varios centímetros desde la última vez que nos habíamos visto.

—¡No Helen! —gritó entre medio de mi jardín al notar cómo mis cosquillas comenzaban a atacar su cuerpo.

Yo solo reí por la forma tan bonita que tiene de sonreír.

Me gustan sus sonrisas porque desprenden un brillo que nunca antes había visto, aunque si tenía que aceptarlo, la verdad es que amaba todo lo que provenía de ella hasta el hecho de que Laia creyera que lo sabía todo solo porque tenía once años y yo diez.

—¡Para! —sugirió mientras rodábamos por el césped sintiendo cómo el rocío acariciaba nuestra piel y las flores sentían envidia de nuestra diversión.

Seguí con mi ataque de cosquillas sintiendo cómo nos juntábamos de tal manera que sus ojos verdes fueron el único panorama que tuve, mientras ella suspiraba con una sonrisa por nuestra cercanía.

Intenté ignorar las mariposas que nacieron al notar cómo ella comenzaba a mostrar ese color rojo que sus mejillas dejaban ir cuando estaba conmigo, por lo cuál separé nuestras distancias porque a las personas no solía gustarle tener las mejillas calientes.

—¿Hoy te quedarás a dormir? —le pregunté mientras recostaba mi cabeza en su hombro y nuestros cuerpos caían en el pasto como si fuéramos partes de los tintes verdes del día de verano.

Laia asintió emocionada ante eso antes de besar mi cabello lo cuál no me sorprendió porque siempre lo hacía. De hecho, me encantaba que lo hiciera ya que me recordaba a los besos de buenas noches que mamá me da antes de ir a la cama.

—¿Qué quieres hacer esta noche? —preguntó tomando una pequeña margarita que había estado a solo unos centímetros de nosotras para ponerla sobre mi cabello haciéndome cosquillas por ello.

—Ver las estrellas —sugerí como si fuera lo más obvio del mundo, sin embargo, Laia no frunció el ceño como suele hacer cuando escucha esa opción, sino que vuelve a sonreír como si le agradara la respuesta.

Tal vez por fin estaba comprendiendo lo bonito que era el cielo.

—¿Has besado a alguien? —murmuró rápidamente como si sus palabras fueran rayos que se perdían entre su boca.

Yo negué ante ello sin antes mirarla como si no entendiera lo que me decía.

A veces no entendía ni la mitad de las cosas que ella decía, pero tampoco me molestaba no entenderlo, ya que ella tampoco solía comprender lo que le decía.

—¿Por qué? —dije sin saber qué decir.

Ella se acercó a mí y acarició segura mi mejilla haciendo que las mariposas volvieran a encontrarse solo con un simple gesto.

—Porque eso hacen las personas cuando se aman, todo el mundo lo sabe —refutó segura como siempre, no obstante, yo aún no sabía que responder sobre ello porque yo la amaba y nunca la había besado.

—¿Tú has besado a alguien? —pregunté sintiendo cómo mi corazón por alguna razón latía más fuerte de lo común y sonaba como si fuera un

tambor que solo yo podía escuchar.

—No —contestó en un suspiro y por alguna razón me sentí feliz por ello.

No quería que nadie más fuera afortunado de tener su amor.

Ese día me di cuenta que la amaba porque mis labios solo querían besarla y que le dijeran todo el amor que sentía por ella.

Diciembre, 1912

Las mariposas volaron en pleno invierno mientras sentía cómo Laia acariciaba mi cabello en medio de la noche intentando que dejara de prestarle atención a esa danza eterna que nacía cada vez que el sol dejaba su trono para cedérselo a la Luna.

Sin embargo, aquel baile dejó de estar presente cuando el cielo se llenó de luces a través de una tormenta que hizo que los truenos llenaran aquel silencio profundo que siempre nacía entre Laia y yo cuando ella me acompañaba a ver las estrellas.

Fruncí el ceño porque no me gustaban los truenos, los odiaba y aunque no me gustase aceptar, también me daban miedo. No obstante, la pelinegra siempre se reía de mí por ese tipo de detalles.

—¿Tienes miedo? —preguntó en un susurro que se llevó todo el miedo que podía sentir en aquel momento, ya que su voz siempre sonaba como la cosa más dulce del universo y era capaz de apaciguar hasta la más grande tormenta..

Me recosté sobre su pecho buscando un refugio que conocía a la perfección mientras ella no dejaba de regar cariños sobre mí como siempre hacía.

—No hay nada que temer —murmuró antes de buscar mi mirada y que nuestros ojos chocaran de una manera que se sintió tan extrañamente cautivadora, dejando que las mariposas volvieran a aterrizar en mi cuerpo y se mostraran más descontroladas que nunca.

—¿Me amas? —le pregunté recordando lo que me había dicho sobre los besos en el verano.

Parecía tan lejana aquella época, sin embargo, yo no había olvidado ni tampoco mis labios habían querido dejar el tema y vivir en la incertidumbre

de no saber si ella también me amaba.

Laia frunció el ceño antes de suspirar y asentir afirmativamente.

Tuve ganas de preguntarle la razón por la cuál no me había besado si ella también me amaba, aquello no tenía sentido, pero no dije nada ya que Laia solía tener las respuestas a todas mis preguntas hasta antes de que pudiera pronunciarlas.

Era como si hubiera un tipo de magia que nos conectara y no necesitara de palabras para poder funcionar de la manera tan única que siempre actuaba.

Sus brazos me apretaron aún más hacia ella dejando que su olor a su perfume favorito me atravesara hasta la última fibra de mi conciencia.

Suspiré ante eso porque mi cabeza dolía ante el revoloteo que cometían las mariposas en mi interior y no me dejaban decir nada.

Por un segundo me pregunté si ella también sentiría las mariposas, no obstante, rechacé esa pregunta y preferí mirar sus ojos porque ellos eran la fuente de todas las respuestas del universo.

Sus ojos eran como una lluvia infinita de estrellas fugaces que podía sacarte una sonrisa sin siquiera pensarlo.

—Yo también lo hago —dije apropiándome del silencio que nos cubría como las mantas de la cama de Laia.

Ella sonrió tímidamente ante mis palabras y esperé con paciencia a que ella me iluminara con su conocimiento.

—¿Puedo amarte por siempre? —le pregunté en un susurro que me sorprendió de tal manera que me quedé helada ante su mirada la cuál también parecía perdida entre medio de lo que había dicho.

Tal vez la había asustado con mi impertinencia.

—No puedes —contestó haciéndome que frunciera el ceño por ello y que las mariposas se pusieran triste por su respuesta—. Porque amarás por siempre a la persona con quién te cases —argumentó antes de suspirar y yo la miré sin comprender lo que decía.

Me quedé unos minutos sintiendo cómo su corazón latía en la misma melodía que el mío y a pesar de que tuve miedo de que su mirada volviera a rechazarme como lo había hecho hace poco, me llené de valor para decirle la única verdad que existía en mi vida.

—Entonces me casaré contigo para no dejar de amarte nunca.

Abril, 1915

La palabra guerra era lo único que cabía en todas las conversaciones adultas.

Todo el mundo tenía miedo y temblaba cuando ésta palabra aparecía en las conversaciones de cualquier comida.

Sin embargo, ante ese miedo que yo no sentía con esa definición; siempre buscaba la mano de Laia debajo de la mesa para que ella me sonriera de la forma tan especial que tenía desde que nos conocíamos.

A pesar de que ahora solo podíamos vernos en verano y en ciertas fechas importantes porque ella estudiaba en un colegio mucho más lejano que el mío y sus padres se habían mudado a Boston. Cada vez que sabía que ella llegaría ese día, mi corazón comenzaba a latir desde el día anterior, desesperado por volverla a ver.

Las mariposas no habían cambiado su rumbo cada vez que mi mirada se perdía ante sus ojos verdes y aunque ella seguía siendo tan bonita como la noche, sabía que algo había cambiado entre nosotras y no estaba segura de que era.

—¿Por qué todas las personas odian la palabra guerra? —pregunté ante las constelaciones que nacían a través de sus ojos mientras mirábamos como la luna se mostraba llena en todo su esplendor en el cielo.

Laia suspiró antes de besar mi mejilla haciendo que todo el mundo girara en su mirada.

—Porque la guerra siempre trae muerte y sangre, es normal que todos odien esa palabra —admitió encogiéndose de hombros y yo asentí sin refutar su respuesta.

Nunca lo había hecho porque ella era mucho más inteligente de lo que yo era y también porque amaba la forma en que su voz siempre tenía todas

las respuestas a mis preguntas.

—¿Tú también le tienes miedo? —pregunté suspirando y ella negó como si no supiera qué decir.

—Creo que hay miedos más grandes —sugirió antes de resoplar y poner un mechón de su cabello negro indomable detrás de su oreja—. Perderte me da más miedo que la palabra guerra —susurró tímidamente y yo sentí que en aquel momento el aire dejó mis pulmones, haciendo que mi corazón latiera de una forma que nunca antes había sentido.

Retumbando constantemente como si de una melodía militar se tratase.

—Nunca me perderás —refuté negándome a siquiera pensar en esa opción, lo cuál hizo que Laia me mirara con la magia de su sonrisa.

Por primera vez la noche no eran tan bonita como Laia, sino que ella se había apoderado de toda la belleza de ésta dejándola sin ningún tipo de fuerza para combatir lo que ella produjo en aquellos simples segundos donde se convirtió en todo lo que mi vista quería tener a su lado.

—¿Sabes por qué nunca me ha gustado observar la noche? —preguntó insegura dejando que su cuerpo se condenara a un leve temblor que no podía definir de ninguna forma.

La miré con extrañeza ya que ella nunca tenía miedo a nada, ni siquiera a las tormentas ni a la palabra guerra.

Ella siempre había sido la más valiente de las dos.

El silencio volvió a atacarnos, no obstante, como siempre sucedía su mirada me daba toda la seguridad que necesitaba y la falta de sonido jamás incomodaba.

—¿Por qué? —pregunté ante uno de los más grandes misterios que existía.

Laia se sonrojó antes de contestar y hacer que nuestras miradas jamás se distanciaran sino que se transformaran en una sola.

—Porque no me da la suficiente luminosidad para admirarte.

Diciembre, 1915

El silencio se volvió la capa de oscuridad que envolvió a todo el mundo durante los últimos meses.

Todos preferían quedarse sin que su voz tomara algún tipo de vuelo a tal punto que realmente extrañaba el sonido que tenía ésta frente a una conversación alegre o de cualquier tipo.

Sin embargo, las palabras volvieron cuando Laia regresó a visitarnos hace un par de días.

Ella había cambiado de una forma que no esperaba y que sinceramente tampoco era capaz de clasificar o describir.

Su cabello negro que brillaba como pequeñas estrellas aún estaba ahí como también sus ojos verdes seguían quitándome el aliento como siempre había sido, no obstante, en ella también se encontraba el silencio y la distancia que era marcada en todas las personas adultas.

Su rostro se ocultaba frente a una madurez que me azotó en la cara y aunque tuve miedo de querer creerlo, después de unos minutos me di cuenta de que ella seguía ahí, solamente que a la vista de todo el mundo la Laia que yo conocía, no existía.

Eso me hizo sacar una sonrisa, ya que significaba que por primera vez ella solamente era mía y nadie más podía compartir esa bonita sonrisa que aún era dueña de sus labios.

Las puntadas de aquel bordado iban y venían mientras nuestras miradas susurraban todos esos secretos que no nos habíamos contado durante todos los meses de nuestra ausencia.

A pesar de que odiaba desperdiciar mi tiempo entre bordado y clases que no me servirían de nada; tenía que aceptar que aquel breve momento de

privacidad que compartía con Laia era lo más divertido que me había sucedido en todos estos meses de su ausencia.

Nuestras risas que se escondían a través de los hilos de colores se llenaron de magia y realidad cuando la tía de Laia nos dejó completamente solas y por primera vez en mucho tiempo volvía a sentirme de esa forma tan especial que solo nacía cada vez que dormíamos juntas.

—Esto es tan aburrido que hasta tus estrellas son más entretenidas —sugirió dejando de lado el bordado que llevaba de una bonita rosa mientras yo dejaba de lado el intento de árbol que llevaba a medio acabar—. Siento que moriré ahorcada entre estos hilos —admitió riendo a lo cuál yo también reí porque era bastante probable aquella idea.

—Al menos has hecho un dibujo decente —agregué sin dejar la risa eterna que nacía cada vez que lograba divisar sus ojos verdes—. Lo mío parece cualquier cosa menos un árbol —Laia le echó un vistazo rápido a mi bordado y no tardó en reír por eso.

—Lo tuyo no es el arte —refutó antes de buscar mi mano como siempre hacía para que me sintiera mejor.

Era extraña la sensación que siempre dejaba en el aire con ese simple gesto, no obstante, a pesar de que siempre había existido desde que nos conocíamos, aún seguía sin acostumbrarme a ello.

—¿Irás al baile de esta noche? —preguntó enarcando la ceja y yo suspiré aburrida porque ni siquiera lo había recordado.

—Podríamos escondernos y escapar, nadie lo notaría —susurré a su oído como si fuera un secreto.

Como si volviéramos a tener ocho años y el mundo fuese el mismo de antes y no solo una mezcla de silencio y medio.

—Lo haría solo si me prometes que no regresaremos más.

Yo la miré extrañada frente a su respuesta, ya que esto sonaba más como un ruego que cualquier otra cosa, sin embargo, antes de que pudiera decir algo la tía de Laia volvió para romper nuestro pequeño momento de

soledad y el silencio de las puntadas comenzaron a ganar terreno entre nosotras.

—Algún día —musité esperando que Laia lo escuchara porque estaba decidida a hacer cualquier cosa que ella deseara solo para no sentir la soledad que llegaba en los días donde ella no estaba.

Agosto, 1916

Las estrellas no bailaron esa noche, sino que lo hicieron las lágrimas que crearon océanos entre medio de las sábanas de mi cama y mi hombro.

Fue la primera vez en mi vida donde sentí que mi corazón podía ser destruido al notar cómo aquellos ojos verdes tan llenos de vida simplemente se desvanecían en la noche como si fueran sombras de aquellos espíritus que habían dejado el plano terrenal.

Mientras mis caricias iban y venían tratando de apalear todos esos remolinos que se podían crear desde la tristeza profunda, yo sentía como toda mi alma se quebraba poco a poco entre medio de esa noche calurosa.

Ni siquiera sabía la razón por la cuál ambas estábamos creando una escena tan desgarradora, no obstante, las palabras ni la lógica ni la razón fueron capaces de quitar aquel sentimiento que me dolía desde lo más profundo de mi ser.

—Todo estará bien —le susurré buscando su mirada aunque realmente no sabía porqué sus lágrimas estaban presentes esta noche.

La pelinegra negó ante mis palabras para abrazarme con una fuerza que no esperaba de su parte.

—¿Laia? —pregunté con timidez al no estar segura si deseaba saber porqué ella estaba tan destruida.

—Tú prometiste que podíamos irnos lejos —musitó entre su voz gastada y lágrimas que seguían apropiándose de su rostro.

Yo asentí recordando aquella propuesta sin saber cuál era el rumbo real de retomar esa conversación.

—¿Podemos irnos ahora? —mis ojos se abrieron ante la impresión que dejó aquella proposición.

Me quedé en silencio analizando lo que ella me estaba diciendo y aunque deseaba decirle que sí.

En mi interior sabía que aquella idea era imposible de realizar.

—¿Qué sucede? —pregunté tan desconcertada que ni siquiera noté cómo mis palabras se teñían de miedo por lo que ella estaba proponiendo.

Laia simplemente me miró y suspiró amargamente por como mis palabras sonaron llenas de desconfianza.

—No lo decías en serio ¿cierto? —preguntó bajando la mirada mientras yo no sabía que responder ya que me sentía avergonzada por no ser capaz de cumplir mis propias promesas.

—Lo siento —fue lo único que pude decir.

—No te preocupes —dijo mientras secaba sus lágrimas e intentaba quitar las marcas de aquella batalla cruenta con la cuál su rostro se había mostrado por casi media hora.

Quise decirle tantas cosas como también deseé hacer realidad aquella idea donde ambas escapábamos de todo lo que nos atormentaba, pero no tuve la fuerza suficiente para hacerlo y simplemente dejé que el silencio se apoderara de aquella escena.

Porque el silencio era menos dañino que sus lágrimas o al menos eso pensaba.

—Mañana te irás —murmuré a sabiendas de que ella tenía que volver a su casa y yo siempre me quedaría aquí esperando a que volviera a iluminar mis días.

Laia asintió antes de darme un cálido beso en la mejilla que hizo que éstas se encendieran de una forma inesperada.

—¿Cuándo volverás? —pregunté con la inocencia carcomida en mis labios.

—No regresaré Helen —dijo como si estuviera aclarando una sentencia de muerte.

Una que hizo que se me hiciera difícil creer en un primer momento que tres palabras fuesen capaces de destruir todo mi mundo, ni siquiera la palabra guerra pudo ser capaz de devastarme como lo fue aquella afirmación.

Esa noche la luna fue testigo de la escena más trágica de todas, el momento en donde dos almas se rompían sin saber a ciencia cierta si algún día volverían a ser reconstruidas.

Septiembre, 1916

—Podrías ser novia de mi primo —dije en un suspiro amargo mientras las estrellas decoraban el cielo nocturno que ya no era tan interesante como antes lo era.

Laia rió ante eso antes de besar mi mejilla con toda la dulzura del mundo como siempre había hecho solo que ésta vez se sentía distinto, ya que ni siquiera aquel gesto podía quitar la tristeza que nos teñía y la realidad de que mi corazón solo podía repetir una y otra vez la misma frase.

La extrañaba más de lo que creía posible.

—Tu primo tiene doce años, Helen —sentenció bufando—. Creo que no puedo comprometerme con alguien de doce —afirmó antes de que yo ocultara mi rostro sobre su pecho para que no se diera cuenta de las lágrimas que estaban a punto de florecer por mis ojos.

Ella ya no me podía visitar porque estaba comprometida con alguien que ni siquiera conocía, sin embargo, su viaje hacia Londres era algo que estaba más que marcado en nosotras porque significaba que finalmente nos distanciaríamos.

—Maggie se comprometió desde que era bebé con uno de los amigos de su padre —resoplé sin entender cómo funcionaban realmente las parejas.

Laia me había afirmado que después de comprometerte llegaba el amor, no obstante, no creía posible de que ella se enamorara de alguien más, ya que había afirmado que me amaba a mí por lo cuál no lograba entender cómo aquel chico iba a estar feliz si su futura esposa amaba a alguien más.

—Además podría visitarte siempre, te quedarías en familia —concreté segura ante eso.

No quería aceptar que para el próximo año estaríamos a un continente

de distancia.

—Te extrañaré demasiado —susurré sintiendo cómo mis lágrimas caían sin ningún tipo de soporte.

La pelinegra simplemente suspiró ante ello y no se atrevió a decir nada.

Pero en aquel momento cuando la luna volvió a apoderarse de la escena con el mismo reflejo que le había dado años atrás cuando nos conocimos, pude sentir cómo sus labios profanaban aquel templo que nos separaba entre sentimientos que ambas conocíamos pero que jamás se habían mostrado en aquella faceta.

Sus labios lentos, suaves y encantadores se encargaron de darle ritmo a aquella sinfonía que nacía entre la oscuridad de la noche y nuestros corazones palpitando en una sincronía perfecta.

—Te amo —dije mientras sus mejillas se adornaban de las mismas lágrimas que se reflejaban en mi rostro—. Y puedo asegurarte de que solo te amaré a ti por lo que me quede de vida —refuté antes de buscar en sus labios el eterno placer de que nuestras promesas podían cumplirse en aquel momento, ya que las estrellas fugaces que existían en sus palabras se acomodaron para ser quienes adornaban aquella escena.

Y sin palabras románticas, ni tampoco flores o cualquier tipo de acción romántica.

Esa promesa se volvió el todo.

Octubre, 1916

Sus labios profanaron mis pensamientos una y otra vez mientras intentaba no perder la calma frente a la tristeza profunda que me abatía y el hecho de que mientras todos veían este día como un día de fiesta; para un par de ojos verdes colapsando en los míos, eran simplemente el inicio de una marcha fúnebre.

Un par de lágrimas valientes aparecieron en mis mejillas al notar cómo la felicidad que habíamos conocido desde que nos conocíamos se nos iba de las manos y dejaba entre nosotras un mar de tristezas frente a la ruptura abrupta que se estaba presentando en nuestros destinos.

—Estás hermosa —sentenció notando cómo el espejo reflejaba a la novia más hermosa que haya visto pero en la vida real, en la corta distancia que nos separaba era fácil notar como eso era solo una ilusión.

Porque aquella novia de ojos verdes; no era más que una tormenta de decepción y frustración que no dejaba que la belleza imperante de su rostro se mostrara más allá que entre tímidas penumbras como si fuera una noche sin estrellas o el mar consumido de una tonalidad tan oscura como jamás habíamos visto antes.

Un suspiro amargo fue exiliado de nuestros labios mientras el espejo seguía reflejando aquella imagen de una novia que nunca marcaría una sonrisa en su rostro ni tampoco la promesa de amor eterno existía bajo su mirada.

—¿Cómo lo haces? —me preguntó nerviosa y yo fruncí el ceño al no entender su pregunta.

Sus palabras no volvieron a tener voz alguna hasta que sus ojos verdes comenzaron a recitar pensamientos que iban más allá de todas las letras que conocíamos.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila? —dijo como si fuera un fierro caliente en mi piel.

Me acerqué a ella en un intento lleno de fallas de poder demostrarle todos los miedos que me carcomían ante el hecho de que ya no la tendría a mi lado, de que lo nuestro no era posible y que por primera vez en mucho tiempo me sentía tan sola que mis ganas de gritar al vacío eran simplemente infinitas, sin embargo, ningún pensamiento que se parecía a los que atestaban mi mente se presentaron, sino que lo que se mostró fue el reflejo profundo del amor que nacía cada vez que tenía la dicha de apreciar aquellos luceros tan llenos de vida.

—Porque te amo y sé que no dejaré de hacerlo aunque te vayas a un continente de distancia —sentencié juntando tímidamente mi frente con la de ella, mientras mis manos torpes recorrían cada centímetro de su rostro como si quisieran guiarse ante un camino que conocían a la perfección.

Como si quisieran registrar algo que ninguna de las dos entendíamos, pero necesitábamos como si fuera aire para nuestros pulmones.

—La noche se mostró prófuga ante el hecho de que se había robado toda la belleza existente —susurró a mi oído dejando que sus lágrimas acompañaran el vaivén de sus palabras—. Se quedó con la luna y las estrellas dejando que la Tierra viviera sin ningún tipo de luz titilante, no obstante, en un lugar recóndito que no tenía nada de especial estaba la mayor representante de una belleza foránea que ni siquiera las estrellas podían comparar una belleza que nacía a través de unos ojos castaños y una sonrisa eterna.

Sus manos jugaron en mi rostro siguiendo los caminos que yo había marcado en el suyo hasta que se detuvo frente a la timidez de mis labios y en un suave regocijo se atrevió a instalar un beso profundo entre ellos como si la valentía

fuera la única para capa que nos envolvía en aquel momento.

—Gracias por dejar que tu belleza me deslumbré cada día —sentenció de una forma penetrante que me dejó sin respiración por unos segundos.

—Gracias por ser la única persona con la que defino la palabra amor — afirmé al sentir que ambas nos estábamos dejando llevar por la tormenta presente en nuestros ojos y los vientos huracanados de nuestros corazones.

Julio, 1917

Si supieras cuántas noches he coleccionado en vela mientras tus labios son el único pensamiento profanador de mis sentidos.

Tus manos se convierten en la sombra de mis deseos y tu voz se vuelve en todo lo prohibido que tengo en mi vida.

Si supieras todas las veces que he soñado contigo, entre recuerdos e imágenes imaginarias de un futuro que no es parte de nuestro presente y un pasado que se acumula de retazos donde todo era más fácil cuando era desconocido y se disfrazaba de inocencia.

El mundo es demasiado cruel cuando comienzas a verlo a través de los ojos adultos de todo el mundo y la niñez te pega una bofetada cuando te das cuenta que las cosas nunca son como las esperas ni que desear pueda estar estrechamente relacionado con realidad.

Cuéntame como son tus noches para yo contarte como son mis días, estoy segura que tienen puntos en común que solo las dos conocemos.

*Esos puntos hilados entre nuestros silencios y secretos que nacieron desde la primera vez que nos vimos, desde la primera palabra, desde el primer beso.
Te odio y te amo de igual manera.*

Ya ni siquiera sé cuál se muestra con mayor decadencia en todo mi cuerpo mientras el rocío de la esperanza de algún día poder tenerte solo para mí se une ante mis deseos fallidos de poder tener una vida contigo, a tu lado, demostrando ese amor latente que crece frente a cada día y del cuál la luna es una constante testigo.

Decir que te extraño sería una ofensa porque aquella palabra, ya que ni siquiera logra ser equivalente al dolor presente en mi pecho, sin embargo, me refugio en ella cuando todos me preguntan la razón por la cuál mis sonrisas ya son inexistentes.

Al parecer éstas también te pertenecían al igual que todo mi ser presente.

Deseo entre mis más profundos pensamientos que logres estar en un mejor estado anímico que el mío.

Que el dolor no te atormente como lo hace conmigo ni que la distancia se vuelva tu mayor verdugo, no obstante, una parte egoísta dentro de mí espera profundamente que sigas sintiendo lo mismo que yo esa última vez que compartimos.

Que mis labios sigan deleitándote, que aún sigas con aquella promesa oculta entre las palabras que les dices a él y que tu sonrisas aún duelan porque no son para mí.

¿Por qué la vida nos hace crecer y no nos deja vivir la inocencia y pureza de algo que va más allá de lo que todos conocemos?.

Enfermedad, maldición, abominación son tres de las infinitas palabras que se utilizan para describir lo que siento por ti, sin embargo, todas esas definiciones no tienen ningún tipo de relación con la maravilla que es sentir tu pecho sobre el mío en las noches.

Ni pueden definir a la forma en que tus ojos son el refugio de mis pensamientos, ni tampoco llegan a cubrir ese amor eterno que te busca entre sus recuerdos para no dejarte jamás.

Gracias por apoderarte de mis sueños, de mis pensamientos, de mis maldiciones y de mis intentos de seguir con vida cuando tú eras la definición que tenía de ella.

Te ama más que nunca, Helen.

Septiembre, 1917

Mis pensamientos derrochan locura mientras su voz se vuelve la única luz que ven a través del túnel de la oscuridad que es no tenerte cerca.

Sus sonrisas vuelven a estar presentes y a pesar de que se esfuerza en demostrar que todo está bien en su vida, sus ojos no mienten y delatan el sufrimiento que se apodera de su mirada triste y vacía, tan diferente a la que había visto miles de veces durante toda mi vida.

Suspiré tratando de sonreír porque lo importante era tenerla aunque fuese por unas escasas horas en unos escasos días que ella se encontraba visitando a su familia.

Sin embargo, cuando su mano recorre con valentía la distancia que tenemos entre nosotras y se ata a la mía demostrando esa fuerza que solamente ella puede atraer para nosotras es como si el mundo se paralizara y solo nosotras dos fuéramos parte de la grandeza que recorre aquella habitación.

Nuestros silencios susurran nuestros secretos mientras aquellas paredes vuelven a empañarse de ese amor que no puede ser dicho ni siquiera pensado.

Mis manos se atreven a acariciar el dorso de su mano como si fuera un pecado profundo mostrar ese simple gesto de cariño qué como todo lo que hacemos significa mucho más de lo que se puede ver.

—Me encantaría detener el tiempo en este momento y que nuestras manos se juntaran como si fueran una —exclamó con el miedo prepotente que nos recorría ante el hecho de que nuestras palabras no debían ser oídas.

Sin embargo, con valentía me atreví a robarle un beso en sus mejillas sonrosadas, tan llenas de vida y a la vez tan llenas de tragedias que solo ambas conocíamos.

Laia suspiró ante ello mientras dejaba que nuestras manos volvieran a separarse dejando aquella intimidad que habían vivido durante unos segundos triunfantes.

—Lo siento —musité a sabiendas de que aquel beso estaba fuera de lugar y no debía haber existido, la ojiverde negó ante ello antes de mirar nerviosa a la puerta de la habitación con el miedo frustrante de que nuestro momento se termine—. Te he extrañado como nadie —dije sintiendo cómo las lágrimas iban a ganar a la batalla que intentaba librar contra mis sentimientos, me dolía más que nada tenerla tan cerca y saber que estaba lejana.

Laia era un destino imposible a mis radares y ambas lo sabíamos, lo cuál no hacía que la situación doliera menos.

—No te imaginas cuánto yo lo he hecho —refutó acariciando mi mejilla antes de que sus ojos verdes se tornaran en ríos de lágrimas que nos separaban aún más, pero cuando ambas pensábamos que íbamos a estar tan distantes como el destino nos había condenado, mis labios respiraron valentía y se atrevieron a sensibilizarse ante aquella situación sintiendo cada pétalo que había en su boca y que derrochaban ese sabor dulce que solo provenía de ella, aquel sabor que solo conocía gracias a ella.

—No es correcto Helen —sentenció dejando que sus ojos revelaran el miedo ante ello y finalmente un continente entero volviera a separarnos.

—Si no es correcto amarte de ésta manera —suspiré—. Prefiero vivir en el error que sentir la razón como condena.

Diciembre, 1918

La palabra guerra dejó de tener un significado trágico y dejó de ser el silencio profundo que atravesaba a cada persona cuando era nombrada.

Esta palabra se convirtió en un pasado distante que ocupaba las noticias y la sonrisa de las personas porque había terminado, sin embargo, esa palabra nunca fue tan fuerte como para causar algún tipo de miedo o temblor de mi parte, no obstante, el nombre de ella era lo suficiente catastrófico como para causar que todo mi cuerpo se helara y no supiera qué hacer contra el derroche de sentimientos y emociones que nacían solo con escuchar una simple palabra de cuatro letras.

Pero esa noche su nombre no fue causante de mi insomnio ni dueño de mis lágrimas sino que por algún acto de magia, volvimos a tener ocho años y éramos todo lo que nuestros mundos necesitaban.

Su mano volvía a buscarme entre medio de la tormenta que existía en el cielo y su pecho seguía siendo el mejor refugio contra mis más grandes temores.

Era increíble cómo mi cuerpo había extrañado cada centímetro de ella, pero más increíble que eso era el hecho de que el suyo reaccionaba de la misma forma contra el mío como si ambos buscaran ese alivio que se les había sido negado por la condena del tiempo y la fractura de nuestros destinos.

—No sé si pueda seguir viviendo luego de tener ésta noche contigo —afirmé en una sonrisa traviesa que ella reprodujo a través de un par de risas adorables que era capaz de calmar las tormentas que existían en mi corazón.

Laia besó mi frente antes de abrazarme como sino quisiera perderme,

como si me soltara fuese capaz de romper ese compás eterno que vivían nuestros corazones en los escasos momentos en donde estaban juntos.

—Nunca pensé que agradecería a una tormenta —refuté suspirando al saber que solo gracias a ella tenía ese momento a solas que ambos deseábamos desde hace tanto y que era prohibido ante la vista de todo el mundo.

—Te quiero —susurró antes de acariciar mi mejilla y antes de que pudiera decir algo ella tomó mi mano controlando aquel movimiento de caricia disfrazada con casualidad que se mostró en como mi mano sentía la suya—. ¿Hoy no quieres ver la noche? —preguntó enarcando la ceja y yo chasquéé la lengua.

—Mi noche deslumbrante eres tú —respondí acariciando su cabello y ella cerró los ojos mostrando un par de lágrimas salvajes antes que un suspiro se llevara todos nuestros sentimientos.

—Tengo que contarte algo —comentó buscando mi mirada.

Sus ojos fueron opacados por una capa de inseguridad que yo no pude comprender asta que nuevamente su manos se apoderó de la mía y éstas traspasaron las fronteras de su ropa para seguir bajo su abdomen con una tímida sonrisa que nació de sus labios, el silencio y la confusión nacieron ante ello y sin la necesidad de palabras solo suspiré sabiendo que significaba aquello.

Era otra barrera que se presentaba ante la condena eterna que vivía nuestro amor.

—Me alegro por ti —fue lo único que pude decir al notar cómo ya no existía un solo corazón a mi lado sino que existían dos.

Abril, 1919

Como si fuera parte de una primavera prometida, su sonrisa era capaz de opacar cualquier panorama mientras sus cabellos negros desatados entre la pesquiza del viento lograban convertirse en las sombra irradiante de todos mis secretos.

Sus ojos verdes llenos de vida comenzaban a mostrarse florecidos y aunque la razón no fuese porque estos meses los habíamos pasado juntas, la envidia de no ser la causante de la alegría que demostraba su alma no apareció jamás porque prefería verla feliz aunque no fuese conmigo que saber que sufría por mi culpa.

—¿Qué se siente? —le pregunté mientras mis manos ilegales bordeaban la prominencia notoria de su abdomen.

Ella simplemente rió ante las cosquillas que estaba provocando a través de aquel movimiento lento y preciso que intentaba buscar todos esos caminos que mis manos no conocían como si los estuvieran construyendo ante la posible destrucción de estos y nuestra cercana separación.

—Es raro —sentenció acariciando mi mano mientras una sonrisa profunda no dejaba sus labios—. Pero es maravilloso —se atrevió a decir cerrando los ojos ante la suavidad con la cuál mi mano actuaba en su abdomen.

Aún se me hacía extraño pensar que ahí entre medio de las capas de su vestido y su piel se encontraba la razón de su felicidad profunda.

—¿Qué crees que sea? —pregunté con una seriedad nata al notar como

pequeñas patadas provenían de aquel lugar tan oculto y a la vez tan notorio.

Ambas sonreímos ante ello porque era una sensación de otro mundo.

—Lo que sea estará bien —argumentó encogiéndose de hombros—. Lo amaré de todas formas —aseveró acariciando su vientre con una armonía única y una dulzura que antes solo había estado reservada para mí.

Suspiré ante ello mientras notaba cómo un poco de paz se sembraba en nuestros caminos pero eso no quitaba la distancia a la cuál habíamos sido reducidas.

Nuestras palabras buscaban por inercia algún tipo de cotidianidad mezclada con el amor profundo que palpitaba en nuestros corazones, no obstante, aquello siempre era aniquilado antes de que tomara voz porque la conciencia era capaz de limitar a nuestros muros infractores todo lo que sentíamos.

Ella no era mía a pesar de que yo era suya.

—Te extrañaré —dije ante esa frase que ambas conocíamos tan bien y que se ubicaba bajo nuestra piel y marcaba nuestro destino cada vez que nos separábamos.

Laia suspiró antes de tomar mi mano y besarla con una sonrisa que hizo que todas mis defensas se rindieran ante ella y la majestuosidad con la cuál su cariño se mostraba.

—Aún tenemos un par de semanas —refutó dulcemente antes de buscar como una reacción instantánea, la pasión fulminante que nacía y moría con ella.

Cada vez que la miraba aceptaba mi condena frente al hecho de que nunca iba a sentir algo más fuerte que lo que sentía ante ella y por como sus ojos

intentaban apartar su vista de mí, sabía que ella había firmado la misma declaración de mi muerte.

—¿Me amas? —pregunté tímidamente ante todas las dudas que se insertaban diariamente bajo mi piel.

Ella dio un suspiro tan lánguido que se transformó en la respuesta que buscaba escuchar.

—Más que la luna al sol.

Mayo, 1919

Noches vertientes de silencio incrustado, se apoderan de mí cada vez que pienso en tu nombre, mientras que entre cada recuerdo me sentencio a muerte ante el hecho de que no sentiré por nadie más ese sentimiento que atraviesa por mi pecho cada vez que te pienso.

Mis suspiros se amoldan a tu nombre, mis palabras secretamente disfrazan aquel amor eterno que he pactado sin tener conciencia del castigo que viene por ello mientras que mis pensamientos añoran poder crear un futuro en donde tus brazos sean capaces de ser mis horizontes y los límites que deseo.

La luna impresiona volviéndose el único consuelo que tengo ante esa sensación opacante de mi cordura y que musita a gritos todo lo que está dentro de mi corazón.

Maldecir tu nombre no es nada nuevo como tampoco lo es alabar tus ojos entre medio de la oscuridad profunda de mis pensamientos.

La insensatez de este corazón que te busca como dueño se cobija a través de las sombras de un simple parpadeo en donde tú y yo somos lo único que importa.

Te extraño, te amo y te quiero son frases tan recurrentes en mis secretos que ya no me da miedo decirlas en alto, ¿qué más da?, si al final de todo sin pensarlo poco frente a tus besos, frente a tus actos, frente a cada parte de tu cuerpo donde el sol no ha hecho acto de presencia y que en mis sueños malditos me atrevo a apoderarme como si el mañana no existiera, como si mi condena por amarte no fuera lo suficientemente dolorosa sino que también imaginarme contigo se ha vuelto parte de mi rutina taciturna.

Amor sin consuelo que se apodera de mis noches, amor punzante que se apodera de mis días; amor verdadero que no me da otro tipo de pensamiento que no sea a tu lado.

La proximidad de tu cuerpo, el latido de tu corazón junto al mío, el sabor de tus besos.

Todo se envuelve en una capa de deseos profundos que me atraviesan imperantes a lo más profundo de mi ser.

Tu mirada se vuelve la única guía ante las noches sin estrellas que he vivido desde tu partida y mi corazón agitado que susurrante llora sus penas a través de palabras que jamás saldrán a la luz, es el único estado mental que he podido obtener desde que ya no estás conmigo.

Siento cómo la locura se apodera de mis acciones donde con deseos incautos quiero gritar a los cuatro vientos la injusticia que el destino sentenció como maldición para nuestros labios. Entre líneas difusas quiero pintar aquel lienzo en blanco que es tu cuerpo y llenarlo de carmín pasional que solo mis labios son capaces de dibujar.

Sin embargo, a pesar de todos los fervientes pensamientos que llegan a mí cada vez que te pienso, espero y deseo que tu dolor no se compare al mío ni que tus noches en desvelo se apodere de tu tiempo.

En la parte más profunda de mi alma, deseo y anhelo que puedas ser feliz sin que yo sea la razón de tus sueños.

Atrapada entre las letras de tu nombre, Helen.

Mayo, 1919

Querida Helen

Ni siquiera sé cómo comenzar a desatar todas esas palabras que se tiñen a través de la culpa que las condena por no ser sentimientos que las personas podrían calificar como normales.

Sin embargo, se me hace imposible no quitar tus sonrisas de mis sueños como también se me hace doloroso lograr encontrar paz entre las noches que pienso en ti y en esa infancia compartida donde todo era más sencillo, dónde lo nuestro era posible y no solamente una ilusión de algo que es totalmente incorrecto.

Tu recuerdo me duele en lo más profundo de mi alma mientras las lágrimas se comen el papel donde estoy escribiéndote.

¿Cómo lo haces para no dejar que la locura desenfrenada te ataque?, ¿cómo logras escribir cada palabra sin que te duela en lo más profundo de tu alma?.

Sinceramente me cuesta escribirte ante el hecho de que cada letra que se plasma en el papel son como puntas envenenadas de algo que no debería existir, de una idea que ni siquiera llega a la locura sino que más bien se alimenta de la irracionalidad y de la prohibición que nuestros sentimientos envuelven.

Cada vez que estoy con él solo puedo pensar en ti, cada vez que tengo que tragar mis emociones solo soy capaz de verte en todas partes como sino

*estuvieras a un continente de distancia.
Mi corazón susurra tu nombre frente a cada latido y solo encuentro algún
tipo de paz cuando leo cada palabra que nombras en tus cartas.*

*Creo que me las sé de memoria de tantas releídas que han recibido ante ese
sentimiento frustrante de no tenerte cerca, de saber que lo nuestro no es
posible.*

*Odiarte es imposible y amarte es algo que he aceptado a pesar de lo
doloroso que es, a través de mentiras que me repito cada vez que la noche se
adueña de mi panorama y cada vez que el sol se muestra para calentar con
sus rayos de luz eterna, intento darme fuerzas para seguir mi vida a pesar de
que la definición de ésta seas tú.*

*Mis pesadillas llevan en todas sus letras tu nombre, el hecho de que no es
correcto lo que siento hacia ti ni que tampoco es justo que me atreva a
pensar en siquiera la posibilidad de besarte, sin embargo, hace mucho que la
cordura no me acompaña y mi más grande pesadilla es perderte.*

*Tengo miedo de que este dolor insufrible que siente mi alma por ti se
convierta en mi único destino, es increíble que hasta de mis miedos te hayas
apoderado.*

*¿De qué sirve vivir si significa no tenerte?
¿De qué sirve haber encontrado aquel amor de los libros si es algo
totalmente imposible?
¿De qué sirve que mi corazón siga latiendo si es solo por ti?.*

Te ama infinitamente, Laia.

Junio, 1919

¿Cómo te convertiste en la luz de mi vida?.

¿Cómo lograste convencer a mi alma de que necesito de ti como el respiro de cada mañana?, ¿cómo te convertiste en aquel mar de mis sueños dónde mi amor hacia se vuelve infinito?, ¿cómo lograste convertirte en el único astro de mis noches?.

Mis días son inexistentes porque siempre están llenos de esas nubes de decepción atragantada que nacieron desde que comprendí que no puedes ser mía mientras mis noches se llenan de sueños que jamás lograrán ser más que solo bosquejos de una dulce imaginación que no tiene límites y que se alimenta de tu imagen diaria.

He intentado olvidarte, erradicarte de los pasos que dejaste como marca en mi corazón, sin embargo, ante cada intento que realizo, tus labios comienzan a conducir a mi locura para que asesine cruelmente a mi cordura.

Por cada pensamiento racional que aparece en mi vida, tus ojos los aniquilan con el brillo único que éstos destellan.

Frente a cada suspiro que tienen tu nombre tatuada en tinta indeleble simplemente me resigno al recuerdo de que haga lo que haga seguiré siendo tuya como las estrellas pertenecen a la noche y la luna pertenece al sol.

Frente a la devoción innata que tienen mis palabras hacia ti he tomado la decisión de que te necesito más que nada en mi vida y que no puedo seguir

*teniendo noches sin saber de ti ni tampoco mañanas donde pensar en ti se
vuelva la mayor traición que realizo contra mi autonomía.*

*Es por esto y mil y un razones más que he decidido arriesgarme a cualquier
ola del destino y luchar cada día para al menos tener tu reflejo a tan solo
unos centímetros de mí.*

*Luchar para que al menos pueda buscar tu voz y que no éste a un continente
de distancia.*

*Quizás sea una locura demasiado riesgosa, no obstante, poco ó nada me
importa los riesgos cuando tú eres la persona en cuestión.*

*En los últimos días la palabra escapar suena tan coherente que la he
considerado, sin embargo, ante la razón de que es algo imposible como lo es
nuestro amor he decidido que no me importa saber que no serás mía jamás.*

*He llegado a la resignación que con solo una parte de ti puedo llegar a ser
feliz.*

*Con la simple ilusión que causan tus ojos al mirarme me basta para vivir
todos los inviernos que la vida quiera ofrecerme a mi simple existencia
terrenal.*

*Con solo saber que tus labios me pertenecen al igual que tus palabras puedo
seguir mostrando vida.*

Te ama profundamente, Helen

Julio, 1919

Verte ayer con esa sonrisa que me recuerda a nuestra niñez fue quizás el mejor panorama que he tenido en meses.

Saber que estás bien y que puedo hacer tiempo y buscarte cuando más te necesite es la mejor parte de mis días.

Todas las mañanas una sonrisa se apodera de mis labios con solo la idea de que tengo la libertad de buscarte cuando mis días sean tormentosos y aquel amor desenfrenado y devoto que siento hacia ti solo te busque a ti como la solución a todos mis problemas.

Podría escribirte miles de historias, cientos de poemas y narrarte como se siente mi corazón cada vez que piensa en ti, sin embargo, nada de eso sería suficiente o equivalente a lo cuál has provocado desde que llegaste a mi vida con aquel vestido rojo.

Es curioso cómo la vida te hace seleccionar ciertas memorias y olvidar otras, creo que he sacrificado todas para solo dejar las que tú estás presente porque son las más importante que tengo, además de ser las que recuerdo entre lágrimas de dolor y una sonrisa involucrada en la felicidad de mis labios.

Las metáforas no alcanzan para describirte mi luna de mis noches sin estrellas.

Las hipérbole son solo palabras cuando se trata de ti mientras que los adjetivos que puedo utilizar para colorear tu retrato simplemente se vuelven

palabras, aves sin alas porque nada llega a ser suficiente cuando la comparación eres tú.

Siento que a pesar de que las letras se han vuelto mis compañeras eternas frente a eso que siento en mi pecho y lleva tu nombre, aún no existe algo que logre describir todo lo que está detrás de este sentimiento.

Aprender poesía parece inútil cuando te puedo tomar a ti como mi musa de inspiración.

Leer cientos de libros no me parece suficiente para aprender a definirte en algo que los humanos podamos reconocer.

Encasillarte en palabras es como pedirle al océano que seleccione las mejores gotas de agua o pedirle a una rosa que deje de ser hermosa, es simplemente imposible.

Realmente no sabía cuánto te extrañaba hasta que ayer todas mis risas fue como si cayera una lluvia de verano ante un calor que no creía real.

Ver tus ojos llenos de vida era como si el mundo no tuviera límites y todo pudiera ser posible, verlos destellar aquellos arco iris de los cuales soñaba atravesar cuando era niña fue simplemente un sueño hecho realidad.

Sé que la ilusión volvió a ti y a pesar de que mi nombre no ésta en ello sino más bien en algo que es completamente tuyo, no puedo sentirme más feliz por ti, ya que hace mucho mi felicidad es simplemente que tú estés bien.

Hace mucho que mis días soleados se ligan solo a ti.

Espero verte mañana.

Con amor, Helen.

Julio, 1919

El cansancio se dibujaba en su rostro, pero a pesar de esto, sus facciones se iluminaban como nunca antes había visto, su sonrisa era tan profunda que parecía tan irreal y a la vez tan dolorosamente real la luz que ella mostraba a través de todos sus gestos.

Podría apostar que hubiera vendido mi alma para que aquellos segundos donde ella era más hermosa de lo rutinario fueran mi realidad diaria, sin embargo, sabía que eso era parte de la parte que tan bien conocía.

Imposible resonaba en mis oídos, frente a cada acción que nacía a través de ella.

Todo en ella era imposible, inalcanzable pero aún así era capaz de arriesgarme frente a ese imposible drogada con la locura que solo ella podía provocar en mí.

—Es preciosa —musitó mientras una lluvia de estrellas aparecía como la única constelación presente en sus ojos, sus manos sostenían la razón de su alegría y quién se había convertido en todo lo que tenía.

Sonreí al ver como el pequeño personaje que ahora se mostraba entre nosotras, con sus manos empuñadas y con los ojos cerrados me parecía lo más hermoso que había visto en mi vida.

Tan indefensa, tan hermosa y a la vez tan parecida a Laia que mi sonrisa no pudo salirse de mis labios.

—¿Quieres tomarla? —preguntó Laia ante los nervios que se mostraban en todo mi cuerpo frente al hecho de que no sabía como reaccionarla.

Suspiré antes de atreverme a tomar el pequeño bulto que se encontraba entre sábanas blancas.

—Tranquila —murmuró sin dejar la sonrisa incrustada en sus labios—. Al parecer le agradas —susurró acariciando la mejilla de su hija mientras yo no dejaba de ver cómo aquel personaje que había estado entre nosotras desde hace meses finalmente tenía un rostro.

—Se parece mucho a ti —sentencié en voz baja como si fuera un secreto.

La ojiverde no dijo nada y solo se quedó observando como el silencio adornaba aquella escena entre una esencia única que ninguna de las dos podía explicar.

—Es solo mía —dijo acariciando suavemente los pocos pelos castaños que tenía la pequeña, yo fruncí el ceño ante ella—. No fue un niño, Helene— suspiró mientras yo seguía sin entender a que se refería—. Nadie la esperaba y se han decepcionado al ver que es una niña —agregó con cierto dolor en su voz que simplemente mostraba decepción ante ello—. Pero no me importa, es tan perfecta y solo mía —agregó tomando con una sonrisa las pequeñas manos de su hija que ni siquiera lograban ser más grande que su dedo pulgar.

—¿Cómo se llama? —pregunté ante la curiosidad que aquella pequeña desataba al comenzar a moverse entre mis brazos como si sintiera que yo no era su madre.

Laia la tomó nuevamente ante el hecho de que pudiera llorar y con una delicadeza sin precedentes la acunó llenándola de amor.

—Me gusta Katherine —afirmó con pequeños besos hacia la pequeña a quién miraba con una devoción que parecía irreal—. Es tan pequeña —susurró.

—Es hermosa como tú —refuté.

—No te preocupes mi pequeña estrella, mamá te ama —le susurró con un amor profundo que cambiaba el concepto de lo que nosotras conocíamos como amor.

Sus ojos llorosos irradiaban tanta perfección y tantas cosas que las palabras

no eran capaces de describir todo lo que podía atrapar su mirada.

Fue la primera vez donde pude sentir como mi felicidad nacía por el hecho de que Laia tenía a alguien que la iba a amar de la misma forma y devoción con la que yo hacía.

Agosto, 1919

Aquella mañana el sol se pintó a través de colores naranjos y rojizos que daban un énfasis de la realeza abismante con la cuál el sol mostraba todo su resplandor y cómo era el dueño del cielo en los días donde las nubes solo se mostraban como un leve dibujo de algodón.

Su poder frente a las nubes se demostraba al ocupar casi todo el paisaje del cielo y como esa mañana en especial parecía que las esperanzas eran posibles y los sueños podían bordarse de realidad.

Especialmente con el hecho de que tenía el mejor acompañamiento entre un par de ojos verdes que me desnudaban con su mirada derretida ante el día soleado de hoy un par de ojos castaños que me miraban curiosos mientras tomaba a Kathy entre brazos.

—Parece que le encanta que la tomes —sentenció Laia mientras pasaba con delicadeza su pulgar sobre el rostro de la pequeña que seguía con su mirada los movimientos que la pelinegra realizaba—. Siempre se queda tranquila contigo —murmuró antes de darme un beso en mi mejilla que hizo que me sonrojara al sentir cómo nuestras distancias eran reducidas y podían sentirse nuestras sonrisas a través de esa máscara de falsa disimulación que habíamos instaurado frente al mundo para que no logran descubrir que había entre nuestras miradas.

Estoy segura que si cualquiera hubiera tomado unos segundos de atención hacia nosotras hubiera descubierto todos las enredaderas de poemas que se enlazaban en puentes entre nuestros ojos porque nuestras miradas decían

secretos a voces en un idioma que solo nosotras lográbamos entender.

—Te amo —me susurró deslizando su mano sobre la mía y sosteniéndola delicadamente antes de tomar a la bebé sobre sus brazos en un intento de tapar aquella conexión tan única y tan real que existía cada vez que nuestras manos se enlazaban.

—Laia —murmuré llamando la atención de la ojiverde quién me encarceló con su sonrisa mientras los nervios me carcomían hasta lo más profundo de mi ser—. ¿Escaparías conmigo? —le pregunté recordando aquel momento de hace siglos cuando ella me hizo la misma pregunta.

Laia carraspeó ante ello antes de bajar la mirada en un intento de que sus luceros verdes no chocaran con los míos.

—No puedo, Helen —aseveró en un suspiro frustrado que destruyó mi alma—. No estoy sola —agregó acunando a Kathy quién estaba totalmente exiliada de nuestra conversación.

Yo asentí intentando reprimir las lágrimas que nacieron ante la impotencia que era parte de nuestros sentimientos.

—William jamás dejaría que me llevara a Kathy, ni tampoco aceptaría el escándalo de que su esposa lo deje —refutó antes de acariciar la mejilla de la pequeña castaña.

—Lo sé —respondí sin ser capaz de librar todas las palabras que querían salir de mis labios—. Y quiero que seas feliz Laia —musité buscando su mirada—. Pero no vas a ser feliz conmigo —sentenció ante su mirada penetrante.

—Helen —dijo en un intento de que algunas lágrimas salvajes salieron de sus cascadas verdes.

—No, Laia —contesté con una seguridad que no esperaba de mi parte—. No puedo seguir con esto, sé que dije que solo era necesario tenerte cerca pero

esto es demasiado —concreté dejando que mis mejillas fueran llenadas por océanos de dolor—. Te amo y siempre lo haré, sin embargo, tu felicidad está primero y no la vas a encontrar conmigo. Lo lamento.

No me atreví ni siquiera a mirarla o a esperar alguna reacción de su parte, simplemente me limité a irme sintiendo como mi corazón se destrozaba ante cada paso que realizaba al intentar andar.

Quise destruir mi corazón para crear nuevos cimientos sobre él que no tuvieran ningún tipo de relación con Laia, no obstante, aquello se iba a la lista de cosas imposibles.

Septiembre, 1919

Un grito de dolor profundizado por mis lágrimas se mostró entre medio de la noche buscando algún tipo de refugio en aquellas estrellas y esa luna que en algún momento del pasado fueron capaces de ofrecerme serenidad y que ahora solo se atrevían a destrozarme de una manera que ni siquiera creí que fuese posible.

Mis piernas temblaron ante el dolor que mi alma sentía cada vez que pensaba en ella y en un intento difuminado de darle fin a todo simplemente había actuado como debí haber hecho desde un principio.

A pesar de la dificultad que se instauraba en todo mi ser ante la idea de ya no tenerla más, de no verla más, mi corazón seguía latiendo con una fuerza arrebatadora cada vez que escuchaba como ella era capaz de seguir buscándome a pesar de esperar horas detrás de una puerta que nunca abriría para ella.

Llevábamos tres semanas bajo el mismo sistema dónde Laia intentaba de todas las formas posibles volver a mí pero yo se lo impedía porque necesitábamos atrevernos a dejar ir aquella marea prohibida que eran nuestros sentimientos, sin embargo, escucharla llorar detrás de mi puerta durante casi dos horas habían sido una herida desgarradora de cada miembro de mi cuerpo.

El hecho de no poder consolarla frente al dolor que debía sentir y como la racionalidad me impedía sentir compasión frente a ella, a pesar de que cada lágrima, cada palabra que salía de sus labios frente a sus ganas de verme eran heridas punzante que se introducían bajo mi piel con veneno para que fueran capaces de dañar aún más que el tejido que atravesaban.

Mi corazón se llenaba de la rabia la cuál día a día aumentaba a través de

sentimientos prohibidos que no deberían haber nacido jamás y que a pesar de saber las consecuencias que se habían descarrilado por haberlos dejado sembrar sus fronteras en mi corazón, tampoco era capaz de negarlos ni de reprimirlos u odiarlos sino que más bien los seguía atesorando con una terquedad que parecía inhumana.

Mi corazón no quería dejarla ir aunque era lo único que me pedía mi racionalidad.

—Helen por favor, sé que estás ahí —le escuché decir entre lágrimas que seguían quebrando cada parte de mi ser.

Suspiré amargamente dejando que mi rostro sea un lienzo que representaba todo el dolor de mi alma.

—Laia no quiero verte —exclamé tratando de que mi tristeza no se apoderara de mis palabras, pero no estuve realmente segura de si eso podía ser posible.

—No me iré hasta que me abras —refutó enojada.

Intenté no responderle, no obstante, sabía que ella iba a ganar finalmente quedándose fuera de la puerta de mi departamento el tiempo que fuese necesario y cuándo fui capaz de abrir con timidez la brecha que nos separaba pude ver cómo su imagen era un reflejo de la mía y de nuestros corazones destrozados, intentó acercarse a mí para abrazarme, sin embargo, no se lo permití.

—¿Qué quieres? —respondí tomando la furia como la capa de mi semblante, sus ojos verdes me miraron con miedo ante esa respuesta y el tono que mis palabras jamás habían adquirido con ella.

—A ti —susurró bajando la mirada, pero me tragué todas las emociones que florecieron en aquel momento y simplemente me negué a ilusionarme de

nuevo en algo que no era real ni factible ni posible.

—Laia debes irte a casa, con tu esposo —dije sintiendo como la última palabra dolía más que mil puntas de lanza y ella me miró con su rostro lleno de lágrimas—. Con tu hija —susurré porque las palabras ya no lograban salir con la misma dirección que había aplicado en un principio.

—Solo me iré si eres capaz de decirme que ya no me amas —contestó dejándome sorprendida ante ello y la forma en que todo mi cuerpo tembló frente a sus palabras—. ¿Es que ya no me amas?—preguntó adolorida ante esa pregunta y no supe en qué momento mi voz no tuvo control alguno de mis sentimientos dejando que hablara con la soltura que mi mente podía ofrecerle.

—Ya no te amo —sentencié sintiendo como mil puñaladas atravesaban mi corazón y por fin lo dejaban lo suficientemente destrozado como para poder escribir una nueva historia en él donde ella no fuera parte—. Y creo que deberías irte a tu casa.

Octubre, 1919

*Entre los cimientos de un corazón destrozado,
un alma que solo responde a tu nombre,
lágrimas que se incrustan en mi pecho,
y el suave sonido de tu voz,
me sentencio a vivir el infierno.*

*Entre el breve recuerdo de una fantasía,
las noches sin el brillo de tu mirada,
la luna condenándome cada vez que pienso en ti,
y el frío invierno que recorre mi piel,
simplemente me recuerdo cómo la palabra imposible,
es el único tatuaje perceptible en nuestros cuerpos.*

*Tu recuerdo me somete a la soledad,
tus palabras me dejan desamparada,
tu sonrisa me hace pecar una y otra vez,
condenando a tu nombre a ser el decreto celestial que castiga mis acciones.*

*Joya incomparable que se tiñe de mis lágrimas,
rosa de silencio perpetuo que muestra sus espinas al mundo,
pero que a mí me conquistó a través de la suavidad de sus pétalos,
cenizas de una mentira que desearía transformar en realidad.*

*Te dibujas a través del hilo de cada pensamiento de mi alma,
te tiñes de los susurros de mi corazón,
te transformas en mis sueños,
y azotas mis pesadillas terrenales con tu presencia.*

*Me quitas la respiración,
me sentencias a la muerte,
y aún así tus labios llevan la fuente de la vida,
incrustados entre un rojo carmín,*

que me recuerda lo lejano que están mis deseos de ti.

Diciembre, 1919

*La luna se ríe de mí a través del juego continuo que lleva con las estrellas.
El cielo se burla del amor que hace que mi corazón siga palpitando.
Tu recuerdo me destroza a cada segundo con una potencia indescriptible.
Tus labios se vuelven mi único deseo diario mientras muero a cada paso que
doy.*

*Mi alma desolada no encuentra algún tipo de cura,
A aquel veneno que derramaste a través de tus ojos verdes.
Mi cordura me sentencia a vivir entre las sombras que solo la realidad puede
ofrecer,*

*Mientras que mi locura vive prisionera porque solo lleva tu nombre
estampado en sus alas.*

*Las noches me ofrecen su fúnebre crespón,
mientras que los días me asesinan con sus dosis de horas en donde pensar en
ti se vuelve inevitable.*

*Las llamas se apoderan de mis escritos,
mientras yo me quedo con esas palabras que alguna vez escuchaste.
Mi corazón destrozado espera con desesperación que te deje volver,
sin embargo, lo único que puedo hacer por él es ofrecerle esa copa de
verdad,
solo puedo ofrecerles penas que nacen a través del hecho de que jamás serás
mía.*

*Las estrellas bailan esta noche con tu mirada impuesta en mí,
mis preguntas sin respuestas vuelan entre el brillo nocturno
Y la desolación de mi alma.*

*No te culpo del poder atrapante que hay en todo tu ser,
me culpo a mí por no ser capaz de quitar todos los restos que dejaste en mí.*

Me culpo a mí por no ser capaz de dejarte ir como lo mereces.

Enero, 1920

Odiarte es igual a amarte.

Sentirte es igual a enloquecer.

Vivir es igual a castigo.

Morir es igual a libertad.

Y aún así seguirías siendo la dueña de cada una de mis acciones.

Suspiré frustrada mientras recubría cada papel presente en mi vida con todas esas palabras que jamás llegarían a conocer la luz de sus ojos verdes, ni que tampoco sabrían qué se siente que una sonrisa de sus labios sea su mayor recompensa.

El frío de la temporada estaba comenzando a azotar todas las calles mientras que aquí, en un rincón apartado de todo donde la ciudad se transformaba en una vibración llena de alegría; yo solo era capaz de un intento de cordura de mi parte dejando que mis manos gastaran todo ese pozo interminable de palabras y adjetivos que solo nacían gracias a ella.

Mientras mi locura solo me decía que dejara esas palabras y que me atreviera a convertirlas en realidad, una que era imposible de conseguir pero que aún así mi alma no aceptaba frente a sus constantes fantasías.

La desolación decoraba cada uno de mis pensamientos lo cuál le daba una capa de oscuridad inesperada a mis días, las noches estrelladas dejaron de existir, no estoy segura si mis ojos las aniquilaron, o mi razón, o simplemente la tortura que es pensar en Laia.

Suspiré nuevamente al saber el efecto que tenía su nombre sobre mis

territorios, me había perdido en un camino sin retorno donde ella era la única guía que existía para mi razonamiento.

Tuve tantas ganas de dejarlo todo y recorrer toda la ciudad en busca de sus brazos, de su cariño, de sus te amos y todas esas palabras que eran lo único cierto y real que existía entre nosotras.

Sin embargo, mis dudas y la necesidad de querer quitarme aquel dolor latente en mi pecho me hicieron erradicarla de cualquier panorama.

Ahora ella solo se encontraba en las hojas que quemaba entre las brasas de un fuego con más compasión que los mismos humanos con quienes compartía mis días, porque éste era capaz de quitar lentamente esa capa que aniquilaba de dolor mi alma mientras que los seres cotidianos solo se atrevían a hundirme aún más frente a la realidad en donde yo seguía siendo suya y ella definitivamente no era mía.

Junté las hojas insensatas llenas de palabras listas para su ejecución y decidí que era lo suficientemente tarde como para seguir recorriendo las calles sin ningún tipo de compañía.

Fruncí el ceño ante el machismo profundo que destilaba cada acción que realizara.

Creo que de cierta forma entendía la razón por la cuál solo había dejado que unos ojos verdes me conquistaran, ya que no podía creer que todas las mujeres estuviéramos sometidas bajo el escrutinio de personas que en su mayoría no tenían neuronas funcionando.

No obstante, todos aquellos pensamientos irrelevantes dejaron de ser protagonistas de mi mente cuando la noche se volvió el panorama de aquella estación y como siempre la luna seguía riéndose de mis sentimientos mientras yo deseaba con las últimas fuerzas que me quedaban de que alguna vez mi condena eterna terminara.

Petición que siempre llegaba a la misma respuesta.

Yo misma me había condenado al fuego eterno del infierno.

Febrero, 1920

***Mi suerte se resume a solo un evento.
Al hecho de que entre tantas palabras tiradas al viento,
Entre tantas historias sin dueños,
Tantas almas sin sentimientos.
Tú tuviste que ser la protagonista de esa colisión estelar,
que me arrebató la humanidad y dejó en su lugar,
cientos de recuerdos desesperados que buscan a su dueña,
en el refugio que han construido en mi corazón.***

Mis manos temblaban ante cada palabra que se anotaba en aquel papel arrugado llevando a cabo aquel ritual diario que le hacían a un corazón destrozado y a un amor que salió fallado.

A veces no entendía qué era realmente lo que me daba fuerzas para seguir escribiéndole a pesar de que sabía mejor que nadie que una sola letra iba ser tocada ni admirada por sus ojos verdes sino que se convertirían en las cenizas que avivarían las tardes de invierno que se presentaban desde hace meses en mis costas intranquilas por su recuerdo.

Llevaba varias meses sin siquiera ser capaz de llevar un conteo de todas las tormentas que había derramado bajo el seudónimo de su nombre, como tampoco era consciente de cuántas veces enloquecí entre medio del hecho de que sabía que su corazón sentía exactamente lo mismo que el mío.

Creo que esa era la peor tortura existente, saber que lo nuestro no vivía la incapacidad de ser mutuo sino que vivían el pecado de ser un mismo corazón latiendo.

Hoy no era un día distinto a todos los que se presentaban en los ratos libres que tenía cuando no trabajaba en aquella tienda cerca del viejo departamento que alquilaba y que me había asegurado que jamás llegase a ser un sitio de referencia para la ojiverde, porque sabía que mi corazón indefenso no soportaría verla otra vez y no besarla como mis labios pedían a gritos socavados cada noche antes de dormir.

No soportaría sin tenerla entre mis brazos y contarle todas las penurias de mis días sin ella.

No podría no contarle cómo mis días son tan oscuras, cómo mi noche mientras mi alma se alimenta de mis lágrimas, por lo cuál era mejor que la distancia intentara hacer que los años corrieran más deprisa y el recuerdo solo se esfumara como las cenizas entre mis escritos.

Algunos afirmaban que el tiempo era lo que un corazón destruido necesitaba, yo siempre creí que el tiempo solo se burlaba de las falsas esperanzas de las personas que creían que el iba a sanar sus heridas.

Me levanté recogiendo las hojas desteñidas por el tiempo que habían sido mis acompañantes por esta tarde, las guardé sobre mi regazo como si no fueran a convertirse en polvo apenas llegara a casa, sin embargo, aquella tarde si existió una leve diferencia a todas las otras.

La diferencia que marcaron un par de ojos azules y una sonrisa amable.

Marzo, 1920

***Y entre tantas opciones de vida,
mi corazón insensato,
seguirá escogiendo aquel dolor perpetuo,
que encontré bajo las alas de tu amor.***

—Tal vez mis ojos perdieron finalmente la razón al mostrarme el secreto de la vida a través de una mirada perdida —escuché decir a mis espaldas mientras mi lápiz sentía el cansancio causado por una tarde llena de palabras insensatas.

Rodé los ojos ante la intención naciente de aquella voz y aunque no deseaba hablar con nadie en aquel momento simplemente me giré notando cómo una sonrisa orgullosa se convertía en el fiel reflejo de aquellos ojos azules y ese cabello rubio que me había perseguido con la mirada incontables veces durante las últimas semanas.

—No creo que sea el tipo de chica que logres conquistar con un par de palabras —refuté frustrada ante la insistencia que nacía de los hombres al querer impresionarme cada vez que prefería la soledad antes que la compañía.

Sin embargo, él no dejó esa sonrisa triunfante ubicada a la perfección en su rostro y se atrevió a seguir a tan solo unos centímetros de distancia demostrando que mis palabras no sobrepasaban sus zonas de confianza.

—¿Qué hace una chica tan hermosa sola? —volví a rodar los ojos ante el hecho de que no se les ocurría una mayor delicadeza para implantar una conversación que no deseaba.

—Te faltó nombrar la belleza de mis ojos y como mi voz es capaz de iluminar tu corazón. —contesté irónicamente— Oh y también el hecho de que una chica como yo no debería estar sola jamás —agregué bufando, no obstante, aquella sentencia cortante que nacía en mis palabras no hizo que él se alejara sino todo lo contrario.

—Soy Harry —comentó sin dejar de sonreír—. Y no creo que sea necesario gastar palabras frente a una realidad que te azota a la cara apenas diriges la mirada hacia los pobres seres humanos en búsqueda de la belleza consumida en todo tu ser.

—Todo un poeta —respondí riendo irónicamente ante sus intenciones—. Lamentó informarle que no funcionará.

—Realmente novelista, los poemas no son lo mío —admitió suspirando—. Sin embargo, puede ser todo un poeta si necesitas palabras de amor en tu vida.

—Estoy muy bien gracias —concreté tomando las páginas que quemaría ésta tarde—. Tengo que irme —sentencié tratando de que se mostrara una sonrisa en mis labios y que me dejara en paz, cosa que tampoco sucedió.

—¿Nos vemos mañana? —preguntó enarcando la ceja mientras yo volvía a sentirme frustrada ante el hecho de que no podía apartarlo de mi camino—. Aunque es un poco injusto que tú sepas mi nombre y yo no el tuyo —respondió encogiéndose de hombros.

—Agradece de que te estoy dirigiendo la palabra —refuté escapando de aquellos límites que habían marcado sus ojos azules.

Abril, 1920

***Tus labios de chocolate me invitaron a pecar,
mientras que el cielo se mostraba entre tus luceros verdes.
El infierno se mostró ante aquella curva que cubría todo tu veneno,
mientras que la excomunión se presentó como un efecto colateral,
cuando tu voz en forma de poesía atravesó mi vida.***

—Creo que los modales no son lo tuyo —sugirió el mismo rubio de siempre.

Suspiré antes de llenarme de paciencia ante su insistencia que no se había erradicado después de semanas como a todos los hombres que habían intentado coquetearme.

—Creo que la inteligencia no es una bendición de todos ni tampoco lograr entender las indirectas más directas que existen —agregué a través de la poca paciencia que había acumulado en aquella semana, no tenía ganas de conversar con nadie ni menos con alguien—. No necesito a un hombre a mi lado para sentirme protegida, me tengo a mi y es suficiente por lo cuál le agradecería que dejara de acosarme cada vez que tiene la oportunidad —refuté tomando mis cosas para irme de nuevo a casa.

Sin embargo, como siempre la suerte no iluminaba mi camino y las gotas refrescantes de una primavera que deseaba salir a la luz se convirtieron en el martirio que solo hizo que mi rabia contenida se demostrara en un grito de frustración y miles de maldiciones en mi mente que jamás tomaron voz, pero que estaba segura de que hubieran aparecido si aquel hombre me hubiera seguido con la insistencia en sus labios.

Al fin pude suspirar cansada cuando pude divisar aquel viejo edificio de ladrillos que lo hacían ver mucho más viejo de lo que era. Entré sintiendo cómo mi suerte era lo último que deseaba en mi día, no obstante, la lluvia fue lo último que pensé cuando sentí como todo mi cuerpo se desplomaba ante el reflejo de aquella pelinegra en mi puerta.

Al principio solo pensé que era un juego de mi mente, sin embargo, cuando pude sentir como sus brazos me sumergían ante una ola de sensaciones que solo ella podía producir en mí y un par de lágrimas atravesaron su mirada, simplemente no supe que decir por esa imagen tan dolorosa que ella atraía a mi vida luego de meses sin verla.

No obstante, aunque intentara llenarme de razón sabía que mi corazón no podía alegrarse más por verla.

—Helen —dijo mientras sus manos rozaban mi rostro buscando mi mirada—. No sabes cuánto te he extrañado —señaló antes de ocultar su rostro sobre mi pecho.

Parpadeé un par de veces para razonar sobre que debía hacer, sin embargo, mi cordura se suicidó en aquel momento y solo pude pensar en ella.

Mi garganta consumió todas las palabras que deseaba comentarle, todo lo que quería decirle simplemente se volvió polvo y lo único que deseaba era sentir sus labios sobre los míos.

Aunque esto finalmente me condenara a morir en las llamas del infierno.

—¿Qué haces aquí? —respondí con la voz quebrada mientras Laia intentaba secar sus lágrimas.

—No he tenido ni un segundo de paz desde que te fuiste y ya no sé que hacer

—respondió dejando que su alma se volviera transparente ante mis ojos—.
¿Realmente dejaste de amarme? —preguntó quebrando mi corazón como la
primera vez en la que había llegado esa pregunta hace meses atrás.

—Te amo más que nunca —refuté sintiendo cómo todos mis sentimientos me
excomulgaban ante esa confesión y sin pedir nada más, sus labios buscaron
los míos llenando de sentido mi vida.

Envenenándome una y otra vez ante la suavidad pura de las rosas de sus
labios y condenándome como siempre al mismo infierno impuesto que
aceptaba solo por tenerla a mi lado.

Abril, 1920

***Y si el día pudiese ser el reflejo eterno de mi alma,
se volvería parte de esos segundos donde tus ojos eran las estrellas,
se estancaría en esos minutos donde yo era tú lo que deseabas.
Se llenaría de esas horas donde nuestras manos sintieron esa unión
nuestra,
se quedaría en esa eternidad que solo existe en nuestros corazones.***

Sus ojos vagaban entre las paredes de mi departamento y mi mirada llena de preguntas que ella claramente no deseaba responder, sin embargo, intenté no perder la cordura en su presencia y me obligué a mirarla como tan solo la amiga que alimentaba mis recuerdos y no como la única gobernante en mi corazón.

—¿Qué sucede Laia? —pregunté mientras veía como todo su cuerpo temblaba ante esa pregunta, una tímida caricia de mi parte se demostró en sus mejillas y me sorprendió ser testigo de cómo no hubo ningún tipo de detenimiento de su parte sino que tomó mi mano para que se quedara ahí mientras mi alma se rompía por pensamientos que no podía leer a través de sus ojos verdes.

—Laia —susurré rindiéndome ante lo que sentía mi corazón—. Mi amor, ¿qué sucede? —pregunté aterrorizada al notar cómo las lágrimas eran lo único que podía distinguir en su rostro.

Me acerqué a ella para envolverla entre mis brazos buscándole algún tipo de refugio frente a las tormentas que se mostraba en su mirada.

—Mi noche estrellada —le susurré acariciando su cabello y así estuvimos por un par de minutos, intentando luchar contra un amor que no

tenía algún tipo de sentido pero eso no le restaba la realidad con la cuál combatía nuestros momentos de cordura.

—No sé cómo vivir sin tenerte —respondió como si le dieran algún tipo de voz al silencio, tan lleno de tristeza y con tanto dolor coloreado en sus puntas—. Lo he intentado, Helen —refutó—. Realmente lo he hecho pero no puedo quitarte de mi corazón.

Las palabras no fueron suficientes para eclipsar aquel momento por lo cuál preferí no utilizarlas y solo suspiré frustrada ante el hecho de como la vida se nos presentaba tan injusta ante sentimientos que no podían pedir alas porque estaba prohibido.

—Por favor no te vuelvas a ir —comentó consumida por las lágrimas—. ¿Qué tengo que hacer para que no me dejes? —preguntó con la inocencia en sus labios mientras yo mordía los míos por el dolor latiente que nacían a través de esas palabras.

Toqué su rostro como tantas veces me habían pedido mis manos y aparté los mechones caían sobre él dándole énfasis a todo el dolor que ocultaban aquellos ojos verdes.

Tomé suavemente sus manos y las acerqué a mi corazón sintiendo como éramos consumidas por lágrimas salvajes.

—Cada latido de mi corazón te pertenece —aseguré—. Dudo que logre amar en esta vida de la misma forma que hago contigo pero no es correcto mi luna —refuté quitando sus lágrimas con mis pulgares—. No me importaría sacrificar mi vida por ti, sin embargo, ambas sabemos que ese sacrificio no valdría de nada ante la realidad de que tú estás con alguien más y tienes una hija —agregué sintiendo cómo todo mi cuerpo dolía frente a esas palabras que resonaban en mi cabeza—. Y no, no te estoy juzgando mi amor —sentencié intentando sonreírle—. Es el hecho de que antes de mi felicidad está la tuya y jamás sería capaz de quitarte a quién ocupa tu corazón —

confesé dejando que mis manos posaran en su rostro en un intento de no olvidar como se sentía aquello tan simple y que a la vez era capaz de llenarme de vida—. Por favor no vuelvas, mereces ser feliz con quién te pueda ofrecer el cielo y no el infierno —finalicé antes de sentir cómo sus labios impactaban contra los míos en el último eclipse de la temporada.

Agosto, 1920

***Si pudieras escuchar mi corazón,
seguramente escucharías como susurra tu nombre a los cuatro vientos,
mientras mis labios ocultan cada letra de tu ser a través de las poesías,
pinceladas con lágrimas de mi alma.***

—Sobre qué escribes siempre —me preguntó Harry mientras terminaba con las últimas palabras ocultas que le iba a dedicar a Laia.

Llevaba meses sin ser capaz de escribir una sola letra que estuviera relacionada con ella. Tal vez mi corazón al fin estaba aceptando aquel luto eterno que ambas habíamos decidido, sin embargo, ésta mañana entre medio de los rayos de sol en las persianas y la calidez del verano, ella volvió a ser el único fundamento con el cuál nacía la pasión de escribir.

—Nada en especial —refuté doblando el papel antes de sonreírle, desde aquel día en donde el eclipse que habíamos marcado aquella pelinegra y yo se retiró de nuestro universo; simplemente me rendí ante el hecho de que no podía seguir viviendo la penuria de un amor imposible a lo cuál Harry había dejado de ser tan insistente y se había condecorado con el título de al menos entender mis silencios.

—A mi me parece que debes ser buena —argumentó riendo—. Antes te pasabas horas escribiendo y eso es bastante atractivo —refuté mientras yo golpeaba su hombro por su respuesta.

—Los amores imposibles llenan páginas —respondí encogiéndome de hombros ante la mirada penetrante insertada en sus ojos azules—. Pero, cuando deja de romperte, las letras dejan de aparecer y se extinguen —

suspiré ante como su recuerdo estaba guardado bajo siete llaves al igual que el amor que sentía hacia ella.

El rubio me miró por unos segundos antes de ofrecirme sus brazos dejando que su ternura cayera como una dulce lluvia de verano.

—Debió ser muy afortunada esa persona —afirmó—. Tener tu corazón debe ser lo más hermoso que existe.

Ninguno de los dos se atrevió a decir nada frente aquel comentario dejando que el día soleado fuera mucho más importante que su sentir.

Suspiré antes de poner en sus manos el papel que delataba las últimas palabras apasionadas que pensaba entregarle a Laia.

—Son solo palabras sin sentido alguno —comenté notando como él se veía inserto en la lectura—. Realmente es nada —argumenté notando el error que había cometido al mostrárselo, sin embargo, una sonrisa que no esperaba llamó mi atención.

—Son bastantes buenas para ser solo palabras —respondió devolviéndome el papel—. Me parece interesante cómo utilizas la perspectiva de un hombre enamorado para mostrar lo que sientes —suspiré sintiendo cómo hasta en ese sentido más profundo de mis letras, el amor estaba condenado a ser solo entre un hombre y una mujer mientras la mitad de mi alma agonizaba frente al dolor de la imposibilidad de una vida con ella.

Enero, 1921

*La sombra de tu amor me arropa entre mis recuerdos,
mientras las palabras como patria por venir,
me protegen de mis propios demonios.
Los cuáles nacen desde el sur con tus pasiones,
al norte con todos esos secretos que nuestros labios callan,
al oeste con esos besos que aún nos llenan de vida,
y al este con ese lugar dónde nuestro amor aún existe.*

—¿Jamás has pensado publicar todo lo que escribes? —preguntó Harry mientras yo lo miraba extrañado ante eso—. Ya sabes, con un seudónimo y dejar que tus palabras inspiren a otras personas —concluyó encogiéndose de hombros—. Es muy bueno lo que escribes y es triste que solo queden como cenizas en tu chimenea.

—Nadie tomaría en cuenta las palabras de una chica, ni siquiera cuando hablamos logramos algún tipo de importancia —refuté bufando ante su idea, sin embargo, por su sonrisa supe que él no se daría por vencido con su idea.

—Tal vez a una chica no, pero a un escritor inexistente tal vez —aseveró seguro de ello—. Inventar un nombre no es tan difícil y es hasta más cómodo porque te da la libertad de escribir sin que nadie sepa quién eres —puntualizó—. Hasta te podría ayudar con eso.

Yo suspiré sin darle algún tipo de relevancia a su oferta porque no me interesaba si las palabras que le dedicaba a la misma persona desde que tenía memoria vieran la luz, solo me importaba que su amor dejara de dolerme de la forma en que lo hacía.

—Llévate cualquiera —sentenció—. Te los regalo si quieres, al final de todo igualmente iban a ser palabras convertidas en cenizas —contesté

encogiéndome de hombros—. Quizás a ti te sirvan más que a mí.

Harry no dijo nada antes de que sus brazos me atraparan en ese simple afecto de amistad naciente que estábamos empezando a sentir frente a las conversaciones que inundaban nuestros días.

Era insistente, pero al menos era una compañía que me hacía olvidar de vez en cuando porque mi corazón dolía tanto, sin embargo, al final del día cuando la noche se apoderaba del cielo recordaba que mis sentimientos le pertenecían solo a una persona aunque no fuese correcto.

—Cualquier hombre tendría la dicha de despertar tus sonrisas y ser capaz de ser por quién suspiras —admitió mientras acariciaba mi cabello, no obstante, aunque deseaba sentir que mi alma no estaba condenada a un amor impertinente sabía que no podía detener el dolor que existía en mi alma.

—Creo que estás buscando amor en el lugar incorrecto —aseveré en un suspiro amargo—. Mi corazón le pertenece a alguien más aunque no sea correcto —revelé obteniendo un silencio profundo entre nosotros, uno que fue capaz de mostrar como mis sentimientos no habían cambiado a pesar de que los días y los meses seguían pasando—. Lamento no estar disponible para ti —agregué separándome de su abrazo, sin embargo, él no tardó en volver a sostener mi mano.

—¿Qué tengo que hacer para que me conviertas en la persona de tus escritos? —preguntó con sus ojos fijos en mí.

—Reemplazar mi corazón por otro porque aunque no lo desee, esa persona seguirá siendo la dueña de mis sonrisas y de mis pensamientos —respondí a sabiendas que a pesar de que los años pasasen yo seguiría estando en esa cárcel de amor que era iluminada cada segundo por la luz de la luna.

Febrero, 1921

***Cada silencio es testigo de las puñaladas que dejaste.
Cada segundo es testigo de cómo sería capaz de abrazarme al diablo sin
dudar por verte solo una vez más.***

***Cada minuto que pasa el tiempo se ríe de mis sentimientos pecadores,
mientras que mis párpados se llenan de esas lágrimas pintadas con tu
nombre.***

***He intentado encontrar refugio de mis pensamientos bajo la tentación de
abrir mis alas,
sin embargo, hasta ellos saben que no puedo volar en medio de la
oscuridad que provocaste.
Hasta ellos saben que necesita la luz de la luna para poder vivir.***

La noche bordaba de pretextos el invierno eterno que cortaba las alas de mi ilusión.

Era una noche como todas las demás que había vivido, sin embargo, mi orgullo se desplazaba frente al dolor que nacía con el recuerdo que me condenaba a diario frente a una realidad que jamás existiría.

Hoy más que nunca deseaba maldecir su nombre hasta que mis lágrimas dejaran de brotar de mis hojas, deseaba con tantas ganas arrancarme el corazón y no volver a pensar en ella, simplemente aceptar el hecho de que ella jamás sería mía aunque yo si fuera suya.

Mi palpitación aún seguía acelerándose frente a esa vieja fotografía de una época anterior donde nuestros corazones podían soñar con lo que desearan porque no eran conscientes de como el mundo limitaba al amor.

Ella se veía tan hermosa con aquel vestido azul mientras que mi sonrisa acompañaba el rubor que existía en sus mejillas.

Aquella foto era de antes que nuestras vidas se separaran por completo, antes de que sufriéramos la condena de vivir en el pecado eterno que es amarnos.

No obstante, aquellos demonios solitarios que azotaron aquel departamento dejaron de estar presente cuando escuché como la puerta sonaba y sequé mis lágrimas ante el secreto más profundo de mi alma.

Llevaba meses enteros deseando que fuese ella aunque sabía que era imposible y que tampoco era correcto tener aquel tipo de pensamientos, pero mi corazón era débil y no dejaba de crearse falsas esperanzas frente a lo imposible.

Dejando que mis ilusiones se rompieran como lo hacían a diario cuando noté que aquellos ojos verdes habían sido reemplazados por unos azules con chaqueta negra y el cabello despeinado.

—Creo que no es un buen momento —comentó desde la puerta.

Yo solo rodé los ojos ante ello y lo dejé pasar a sabiendas de que así era mejor, al menos cuando él estaba presente se me hacía poco probable que lograra pensar en Laia.

—Buenas noches, Helen.

—Hola —fue lo único que dije en un suspiro amargo que declaraba mi corazón—. Pensé que ya te habías aburrido de venir casi todos los días a mi departamento —sentencié con una pequeña sonrisa que él siguió—. ¿Quieres algo? —le ofrecí obteniendo una negación de su parte.

—Hoy yo vengo a ofrecerte algo —mencionó emocionado lo cuál me hizo fruncir el ceño por ello—. ¿Recuerdas los versos que me regalaste? —preguntó enarcando la ceja y aunque no recordaba con exactitud cuales eran, si sabía de que estaba hablando—. Se hizo corta la respiración mientras que la luz de la luna sembraba el desamor en mi corazón —recitó sin dejar esa sonrisa gallarda que él siempre ofrecía—. Escrito por H.B —me señaló en el diario haciendo que quedara absorta frente a eso.

Al principio dudé de lo que me estaba diciendo pero claramente cada una de esas letras que había escrito estaban presentes en aquel pequeño pedazo de diario mientras mis iniciales se presentaban en él.

—Helen Brooke, pero para todos va en mi nombre — exclamó sin dejar que pudiera digerir aquella noticia—. Te dije que eran muy buenos.

—¿Cómo lo hiciste? —pregunté anonadada y él solo se limitó a carraspear frente a ello.

—Todos aman los amores imposibles, es lo que vende y tus versos caben perfectamente en esa descripción. Eres toda una poetisa —agregó entusiasmado antes de buscar algo en su bolsillo y dejarlo sobre el diario—. Además que pagan muy bien por publicar ese tipo de poemas —aseveró mostrándome el dinero que estaba sobre la mesa—. Has logrado lo que muchos escritores empeñan su vida para conseguir y aún así no lo hacen, eso es talento —concretó sin dejar esa sonrisa triunfadora en su rostro.

—No sé ni qué decir —argumenté en un estado de perplejidad absoluta.

—No tienes que decir nada, solo tienes que seguir escribiendo para no perder aquel espacio predilecto para tus poemas —sugirió—. Tal vez más de una persona se deje llevar frente tus letras —sentenció animado, no obstante, yo solo deseaba que una persona se sintiera de esa forma.

Junio, 1921

*El camino de la perdición se extiende a través de tus ojos taciturnos.
De tu piel bendecida por la luna entre medio del juego de las estrellas que
nacen de la oscuridad de tu cabello.
Se gira a través de tus labios dominante de todas las pasiones de cualquier
alma descontrolada,
mientras dobla en la esquina de la seducción de tu voz.*

—¿Desde cuándo escribes? —me preguntó atento aquel rubio que me acompañaba en mis tardes libres y en mis noches sin sentido.

Nuestra amistad se había fortalecido entre medio de palabras que solo yo encontraba un significado y que él intentaba transformar en puentes hacia mi corazón, sin embargo, erraba en cada uno de los cimientos que fabricaba.

Ya que a pesar de que los meses corrían al igual que las temporadas, la noche me seguía pidiendo por la única persona que me había cortado las alas y me había dejado condenada a la soledad absoluta y que aún así si me pidiera que nos perdiéramos en la calle de su seducción, seguiría cayendo infinitas veces porque estaba dispuesta a todo por su amor aunque supiese que el acto más cuerdo de realizar era separar nuestras distancias.

—Siempre tuve inspiración en cosas cotidianas, la verdad es que jamás pensé en darle algún tipo de significado, las palabras simplemente aparecían entre medio de mis pensamientos y yo las pinto del color amargo del amor —agregué en un suspiro sintiendo cómo Harry acariciaba mi cabello entre medio de la brisa de un verano que se estaba presentando en todas partes menos en mi cuerpo—. Supongo que no es la respuesta que esperabas ¿cierto?.

—Te equívocas, es exactamente lo que esperaba —sugirió entre risas—. ¿Sabes la razón por la cuál tus versos pegan tan fuerte? —preguntó enarcando la ceja y yo negué ante ello—. Porque provienen de un corazón puro y un alma apasionada, muy pocos son los que logran transmitir a través de simples letras los sentimientos desafortunados que solo el corazón entiende —agregó antes de acariciar mi mejilla.

—Es que el invierno eterno está en mi corazón desde que la dueña de mis palabras se fue —refuté sintiendo como las lágrimas me aprisionaban—. Mi corazón le pertenece a un amor imposible que no se atreve a dejarme en paz —agregué buscando su pecho para secar todos esas lagunas que me atravesaban cada vez que Laia era parte de mis pensamientos—. No es un invento, Harry —sentencié sintiendo como mis palabras dolían más que nada—. Ella es real y tengo que pasar toda mi vida soñando con algo que jamás pasará sin poder sentir la fortuna de lo que significa amar sin pensar en nada más.

Ninguno de los dos dijo nada más, dejando que el cariño que habíamos creado en los últimos meses se viera florecido ante sus caricias en mi cabello y la fragilidad con la cuál mi mirada ni siquiera era capaz de verlo en los ojos.

—¿Cómo se llama? —me preguntó con sus ojos azules clavados en mis pupilas, yo suspiré ante ello sintiendo como dolía pronunciar su nombre.

—Laia y es la única dueña de mi corazón.

Septiembre, 1921

*El tiempo me ha convertido en su prisionera,
y aún así no te olvido.
Aún mi corazón espera con una locura inexplicable,
el momento en que llegues a aparecer detrás de mi puerta,
con tu mirada totalmente enamorada de mí.*

*Dejándome sin aliento mientras mis labios se consumen frente a ti.
Tal vez lo que siento es una enfermedad sin cura,
que solo me daña pero no me mata.*

—En tus ojos encontré la felicidad dejando que el paraíso se transforme en solo el recuerdo de la sombra de un pasado en dónde tú ya no eres parte — leí mientras mis lágrimas caían ante cada letra que reconocía de su parte, la odiaba por aún seguir estando presente en mi corazón.

La odiaba por no querer dejarme ir, pero también la amaba por ese trozo de vida que saber de ella me estaba dejando.

Ese pequeño rocío de felicidad que era saber que a pesar del acto presente del tiempo entre nosotras, ella aún seguía estando presente en algún lugar dónde las dos estábamos admirando a la misma luna.

—No se me hizo difícil reconocer cada uno de tus escritos, todos están resguardados en mi corazón como un secreto en mi boca y recitados en cada uno de los segundos que aún tengo de vida. Sé que no tengo ningún derecho para escribirte ni menos de buscarte después de todo lo que sucedió, sin embargo, solo quería decirte que no importa cuantas noches solitarias vivas, en todas tu recuerdo está presente como todas las noches que compartimos. Fuiste y serás aquella que se robó mi alma y jamás me la devolvió. —cerré la

carta dejando que el dolor invadiera mi alma ante cada una de sus palabras, pensaba que había dejado de sentir hace tanto tiempo, no obstante, ahí estaba derramando todas mis lágrimas a su amor.

Tuve ganas de destrozar aquella condena que sus ojos, su mirada inexistente y su recuerdo dejaba tatuada en mi piel bajo el manto de sufrimiento que las circunstancias nos ofrecías, sin embargo, era tan débil que volví a caer frente a cada una de sus palabras.

—Navego en un mar de fantasmas cada día y si no fuera por Kathy, juro que ya hubiera enloquecido por no tenerte nunca más en mi vida. No me atrevo a resignarme que dejes mi alma sin reparar, no me atrevo a creer que lo nuestro no puede ser nada más que unas simples poesías y cartas llenas de sentimentalismo.

No puedo dejar que la luz de la luna me aparte de tu sonrisa, las noches también se ríen de mí al compartir la cama fría con alguien que ni siquiera merece mi aprecio, supongo que en parte es mi culpa por no atreverme a escapar en el momento correcto; supongo que es el castigo justo por sentir algo que no es normal.

Me quedaré por unos días en Londres, ahora vivo un poco más lejos pero adjunto la dirección por si te atreves a visitarme, no sabes cuánto te necesito en mis días, mi único amor —doblé la carta sintiendo cómo una tempestad me azotaba frente a su declaración.

Deseaba tanto responderle pero sabía que no serviría de nada realizar aquella acción, solo estábamos condenados tras los ecos de un amor que jamás sería posible por lo cuál tiré la carta decidiendo que era momento de atreverme a dejarla ir.

Era el momento correcto para elevar mis alas aunque fuese en la noche porque su luz no volvería a iluminar mis días.

Diciembre, 1921

*No te culpo por atreverte a romper mis esquemas,
por dejarme sin la mitad de mis lágrimas,
por quitarme el deseo de amar.*

*No te culpo por destrozar mi alma,
mientras que la suerte convertía en cenizas cualquier palabra de amor.*

*No te culpo por el error que nos llevó a la calle de la perdición,
ni tampoco porque mis manos extrañan marcar tu cuerpo.*

*No te culpo por mis noches eternas viendo estrellas que ya no brillan más,
ni tampoco me atrevo a culparte por el recuerdo de tus labios,
ni menos por escuchar tu voz en lugares donde no hemos estado.*

*No te culpo a ti por dejarme enfermizamente enamorado,
me culpo a mí por haber permitido que te apropiaras de cada fibra de mi
cuerpo,
me culpo a mí por ser tan débil y no ser capaz de arrancarte de mi corazón.*

El invierno volvía a infectar las calles de aquella nieve tersa que acompañaba danzante al frío desolador de cada rincón de la ciudad.

La calma cubría cada movimiento taciturno de la noche mientras que las estrellas destilaban su luz celestial por si algún tipo de alma valiente se atrevía a poner un pie en la calle frente a las tormentas que se veían desde el principio de la semana.

Sin embargo, detrás de aquel paisaje solitario que solo las noches invernales de Londres podían ofrecer, dos almas se miraban intentando crear entre ellos una conexión más grande que la misma amistad que avivaba en

sus corazones.

La chica lo miraba a él creyendo que sería su salvador frente al naufragio de amor que azotó sus costas finalmente se viera a salvo mientras que él la miraba como si fuera lo más especial que tenía a su lado.

Tal vez ambos estaban en lo correcto o quizás ambos estaban equivocados y no querían aceptar la delicadeza con la cuál solía presentarse el amor.

Sus palpitaciones se cubrían del suave refugio que la calidez de la chimenea ofrecía mientras que sus ojos chocaban como si fueran un mar esperando la brújula de su vida.

Los ojos azules danzaban entre medio de los ojos oscuros esperando una transformación directa a poesía mientras que los ojos castaños simplemente veían cómo el recuerdo de un par esmeralda aún existía en su corazón preguntándose seriamente si algún día podría ver otros ojos sin sentir que no eran lo suficientemente hermosos como para ser admirados.

La luna reproducía su canción nocturna mientras la suerte intentaba echar sus cartas para que dos corazones no tropezaran en un error que los llevaran a la calle de la perdición que ambos conocían.

El silencio se ocultó entre medio de las miradas llenas de significado que esa noche destilaba mientras las brasas del calor bordaba la inminente ola de sentimientos que habían dejado de lado por tanto tiempo.

—Te amo —afirmó el rubio mientras la chica se quedaba en silencio admirando como la sinceridad era capaz de traspasar cualquier tipo de barrera.

Ella suspiró a sabiendas de que era un error, sin embargo, se atrevió a cometerlo frente al miedo de que la poca cordura que aún quedaba en ella la condenara a años de soledad que ella no se veía siendo capaz de afrontar.

—Yo también —mintió dejando que la ilusión se plantara en el rostro del ojiazul mientras ella cerraba sus ojos deseando que se le concediera el único deseo que vivía en su alma.

Que una mentira se volviera en una realidad.

Marzo, 1922

***No importa cuántas palabras de amor salgan de mi boca.
Ni cuántas veces otro nombre ocupe mis labios.
Ni menos cuántos gestos de cariño nazcan en nombre de otro destinatario.
Al final entre la sombra de cada acción,
de cada arranque de locura,
tú siempre gobernarás los latidos de mi corazón.***

Sus labios arroparon a mi alma desprotegida de una pequeña luz de esperanza frente al amor como nadie había hecho desde hace mucho tiempo.

Era cierto que vivía en la mentira eterna de decir que lo amaba, pero al final de todo era lo más parecido que tenía a aquel concepto y era la forma más afortunada en que ese sentimiento que dejaba ciego al mundo se había mostrado frente a mí.

Seguía invocando su nombre en mis sueños mientras mis pasiones se aprisionaban al norte con los secretos de un amor que jamás iba a ser, no podía mentir que mis pensamientos comenzaban a mostrar otro tipo de fronteras y había dejado de pensarla con la misma intensidad que a diario se presentaba antes de que Harry apareciera.

Sin embargo, a pesar de todos mis deseos derrochados ante el hecho que quería que una mentira se convirtiera en una realidad, no podía negar que ella seguía siendo la razón de mis palabras y la luz de mis sinceridades.

La noche ya no se reía de mí porque había dejado de mirarla con la esperanza de pensar que ella también podría estar haciéndolo, simplemente me había resignado a que los hilos de nuestros caminos no estaban bordados en el mismo dibujo sino que lo hacían en punteos totalmente distintos y sin ningún tipo de correlación.

La resignación había llegado de parte de un par de ojos azules y una mirada que intentaba parecerse en lo más posible al recuerdo que tenía del amor, no obstante, ni aunque pusiera todos los esfuerzos posible para salir adelante de aquella cárcel de amor que invadía mis sentimientos, aún seguía sintiéndome auténticamente perdida por un par de ojos verdes y el telar negro que dejó la noche en su cabello.

Es por eso que en momentos donde la soledad me azotaba y el mundo ya no lo era, me quedaba en silencio por unos segundos rogando que su vida fuese más feliz que la mía, implorando de que su nombre deje mis labios y en secreto encendía una vela de esperanza que un golpe de suerte llegue a mi vida y me haga olvidarla.

Pero, el resultado de aquel pequeño ritual siempre era el mismo.

Seguía llorando bajo su recuerdo.

Su nombre seguía invadiendo mis labios y la razón desviaba la vista frente a un chico que firmaba la declaración de condena de mi corazón.

Septiembre, 1922

*Anoche desperté soñando que me abrazabas.
Que me besabas y me refugiabas frente a tu pecho.
Anoche desperté soñando que nos amábamos,
que no existían fronteras para nuestro amor.
Anoche desperté soñando,
lo que nunca será.*

Sonreí sintiendo cómo la aceptación lograba dibujar un par de momentos felices en mi vida, tal vez no eran tan auténticos como los que había vivido con ella, ni tampoco significaba que a veces no llorara frente a la resignación, sin embargo, si significaba que en silencio y entre apariencias la felicidad era una de las estaciones existentes en mis días.

Había olvidado lo que significaba desear tocar su cuerpo como también el tiempo me había atribuido la duda de querer volverla a ver, no obstante, a veces la noche seguía riéndose en mi cara y me llevaba a imágenes que deseaba ocultar en un cofre eterno en mi corazón.

Al final del día, a veces eran mejores los puntos finales que las frases suicidas que me condenaban a seguir delirando bajo el más mínimo recuerdo de su parte.

Se me era imposible no aceptar que al fin el invierno estaba dejando de ser la única estación presente en mi semblante, sino que a veces existían risas primaverales, abrazos otoñales pero jamás iba a existir nuevamente delirios calurosos ni tampoco iban a existir besos veraniegos.

El verano había sido aniquilado desde su partida y era mejor que jamás volviera a mi vida.

Diciembre, 1923

***Entre deseos incandescentes,
algarabías sin sentido,
palabras desatadas,
y un poco de mala suerte mezclada con el destino,
el amor fue aniquilado sin más razón,
que el hecho de que se nos prohibía disfrutar del verano,
que solo podía ofrecer la danza eterna de nuestros labios.***

Había dejado de contar los días por las batallas internas que combatía para no recordarla.

Había dejado de buscar su nombre entre mis escritos y hasta podía aceptar que de alguna forma la resignación y el engaño fue suficiente para dejar que mi vida comenzara tener sentido.

El sentido que ella me había quitado desde los ocho años.

Ya no sentía aquel dolor en mi pecho cada vez que pensaba en su nombre, tampoco existían frases suicidas a punto de salir con solo imaginarla.

Ya no existían largas noches entre el secreto de mis labios y mis deseos más profundos de tenerla a mi lado.

Todo eso había sido reemplazado de una fuente inagotable de cariño, de momentos que no importaban si tenían algún público o no, no vivían de las migas que el secretismo podía ofrecer.

Mis labios se alimentaban de dulzura cada vez que así lo deseaban y aunque no podía afirmar que lo que sentía era amor, si podía decir que al menos era lo más parecido a felicidad.

Y eso era más de lo que podía desear.

La suave sensación de sus palabras en mi oído cambiaron las caricias

de aquella pelinegra, las promesas de una realidad había sido sustituido de la mejor manera ese pasado que me había aniquilado.

Los días a su lado sintiendo como nuestros corazones palpitaban en un solo son habían sido capaces de reemplazar de la mejor manera las sonrisas que podían quitarme el aire.

Tal vez era el mejor trueque que había realizado en mi vida.

Pero cuando todas esas estaciones tempranas reposaban frente a la luz de la luna, mi corazón volvía a recordar con nostalgia a que sabía el amor de verdad.

En esas noches taciturnas mis pensamientos se alimentaban de la forma tan única que me hacía sentir, de como sus besos jamás tendrían comparación.

En esos momentos que eran contados con los dedos de mi mano, mi alma recordaba con tristeza el futuro que se le había sido arrebatado y aunque siempre daba la misma respuesta frustrada de que no podía tener una vida mejor.

Mis labios hacían caso omiso a mi conciencia y repetían su nombre soñando una y otra vez qué tal vez en alguna otra vida, la dueña de mis sentimientos volvería a ser el único lucero entre mis días de verano.

Marzo, 1924

Se buscaron entre medio de las sombras de las estrellas.

Entre los eclipses que formaban la luna con el sol.

*Se encontraron entre medio de los recuerdos de una época pasada,
se miraron con el destello de amor entre sus pupilas.*

*Desnudaron sus pétalos como si la primavera hubiera llegado después de
un invierno vacío.*

*Sus almas se convirtieron en palabras llenas de poesía entre los susurros de
la noche,*

*sin embargo, en aquel punto donde el límite de la pasión se mezclaba con la
realidad.*

*Se dieron cuenta que habían dejado de ser una,
se habían convertido en dos almas distanciadas que ya no volverían a
celebrar la unión.*

Una que solo el amor podía ofrecer.

Las palabras se escapaban de nuestros labios escogiendo algún tipo de sentido entre medio de todas las pasiones descarriladas y los secretos que aún seguían apoderándose de mi alma.

Sus ojos azules llenos de incertidumbre esperaban pacientes que mi alma se mostrara a través de su proposición, él esperaba que aquellas palabras llenas de mentira donde un te amo colgaba como el principal causante de una guerra interna que solo yo conocía, tuvieran el camino correcto que todas las personas esperaban, sin embargo, aquellos secretos que gobernaban mi alma marchita tuvo miedo de responder con la verdad.

Después de años encendiendo la poca sinceridad entre nosotros, ya me había acostumbrado a ser la mentirosa más grande del mundo.

Me había acostumbrado de que un te amo ya no doliera como la primera vez, mi cuerpo había aceptado que sus besos podían ser celebrados

no con la misma intensidad que los de su dueña pero si podían hacer que mi piel se erizara como si se emocionaran ante esa simple acción.

Me había conformado que su mirada llena de amor contrastara con sentimientos que no eran recíprocos en mi mente, había llegado a tal punto de la mentira donde no podía diferenciar entre lo que realmente sentía y lo debía sentir.

Tal vez eso era lo más cercano al tipo de amor que el destino me podía ofrecer.

Suspiré sintiendo cómo por primera vez en meses mi corazón se encogía en la marea sin sentido que era seguir con ésta mentira, él realmente estaba enamorado mientras yo lo llenaba de destellos de un amor que ya no existía dentro de mí y que nunca tuvo sus iniciales como el único arsenal que cubría la noche.

Mis manos temblaron sintiendo como el dolor de una época distante volvía a dejarme derrotada ante la presión que era tener que elegir una de las dos opciones disponibles para aquella propuesta.

Estaba sintiendo el recuerdo de una vida que era imposible porque solo la luna había sido testigo de que hubiera sido capaz de dar mi vida para que esa propuesta hubiera llegado de la persona que realmente amaba, sin embargo, ante la imposibilidad de aquel destino lleno de pecado, simplemente asentí condenándome a seguir con el mundo de las mentiras que había creado.

Quizás si los años seguían pasando, llegaría un momento en que mi corazón se acostumbraría a latir por él y no por ese amor maldito que me sentenciaba a estar a sus pies aunque lo nuestro no fuese posible.

Noviembre, 1924

El cielo se lleno de estrellas aquella noche en que tu mirada atravesó la mía.

Eran tímidos destellos de la oscuridad que nos invadiría todos los días.

Tus ojos me condenaron a vivir entre las sombras,

mientras que tus labios dieron mi sentencia de muerte.

no obstante, a pesar de todas las frases suicidas que ocuparon nuestra piel,

se todas las lágrimas susurradas que atestaron mi corazón,

en silencio seguiré pensando en ti.

El verano se hizo presente en aquella noche de invierno.

A pesar de que mi conciencia fue olvidada hace mucho tiempo y cada mentira que había respaldado como una verdad eran lo único que quedaba entre esos dos cuerpos desnudos.

Mis ojos recorrían su cuerpo como dos gotas negras que nunca hablaban claro porque mi corazón lleno de pena aún seguía viviendo el luto eterno de un amor que se había convertido en la nube del invierno de mi vida.

Sus besos viajaron hasta mi piel plantando con delicadeza cada uno de mis territorios como si fuera un conquistador en búsqueda de sus riquezas, como si fueran las olas del mar azotando una costa en medio de la primavera.

Como si yo lo amara de la misma manera que él lo hacía.

Nuestras miradas chocaron dejando que sus ojos azules destilara aquel amor lleno de locura que afirmaba sentir por mí, mientras que la sinceridad de mis ojos había sido oculta entre las mil y un capas que tenía para proteger mi corazón.

Nuestras bocas se encontraron en un tímido roce que ninguno de los dos esperábamos, sus labios danzaban bajo los acordes de la brillante melodía que el amor podía ofrecer a una persona enamorada, sin embargo, yo estaba

bailando la danza de la muerte que solo una persona condenada podía sentir.

La locura nos llenó en aquella noche mientras la luna se burlaba de cómo había amado de verdad y en este momento otro era quién captaba mis miradas.

Otro era quién trataba de ofrecerme el cielo.

Otro era quién estaba uniendo mi vida con un para siempre.

Cada beso que nació aquella noche era una paga adelantada a esa condena que me había dejado la decisión de mi corazón en el momento en que dejó que esos ojos verdes se apoderaran de cualquier tipo de raciocinio.

No obstante, cuando nuestros cuerpos cansados cayeron sobre la cama y sus brazos fueron capaces de apartarme de cualquier vestigio frío del invierno yo simplemente suspiré sabiendo que a pesar de que éste sería el panorama de cada una de mis noches.

Yo aún seguía pensando que sería capaz de abrazarme al diablo por el simple hecho de tener unos minutos más con ella.

Agosto, 1925

***La guerra de cada mañana comenzaba con la incertidumbre de tu mirada,
y terminaba con la certeza de que eras la persona correcta.***

***La luna se atrevía a alumbrar aquella danza de nuestros corazones
prisioneros,***

en ese sueño que jamás podríamos alcanzar.

***Mis intentos de besarte se convirtieron en polvo,
mientras la esperanza se convertía en solo un cuento de hadas del destino.***

***Mis deseos se esfumaron con el recuerdo de esos ojos verdes,
mientras que la realidad se convirtió en un par de ojos azules.***

***Unos que sin parecer a los primeros,
eran lo definición más cercana que tenía a belleza.***

Su mirada fue el fiel reflejo del verano en aquella habitación que llevaba demasiado tiempo conociendo cada uno de los secretos que nuestros cuerpos ocultaban al resto del mundo.

Sus ojos azules se llenaron de realidad entre medio de ese vaivén de sentimientos pasionales que nos llenaban de incertidumbre por las noches pero que nos sacaban sonrisas verdaderas como nada más podía.

Sus labios comenzaron a pintar mi cuerpo desnudo como de esa cálida sensación que él sostenía bajo la definición de dulzura y pasión.

Éstos buscaban con seguridad cada una de esas zonas que las sombras del día aún no tocaban mientras sus manos viajaban hasta mis cabellos desordenados por la marea que habíamos evitado entre cuerpos desnudos bajo la sombra de la luna.

Una sonrisa tímida iluminó mi mirada al notar cómo sus ojos azules llenos de mares en calma me buscaban como si fuese lo más importante que tenía mientras que todo su cuerpo reproducía de manera infinita cada una de las verdades que él sentía.

Era cierto que al pasar los días, los meses y hasta los años, las mentiras se estaban convirtiendo en verdad y mi piel ya no sentía alguna diferencia entre los pétalos de un pasado casi olvidado y un presente y futuro designado con el cheque de un amor eterno.

Poco y nada había quedado en mi mente del vaivén eterno que un par de ojos verdes eran capaces de producir en mis costas.

Poco y nada quedaba de aquel amor que me había hecho delirar en mis noches eternas y en mis días sin sentido.

Ahora su mirada se había transformado en la mejor danza de las estrellas cuando la noche aparecía y también en la mejor brújula que había conocido.

El tiempo con él se esfumaba en cenizas que no importaba recordar mientras cada mañana se pintaba como un mundo por recorrer.

Ambos suspiramos entre risas recordando esos momentos que no iban a salir de nuestras bocas como comentario pero que eran nuestros recuerdos favoritos.

Sus manos buscaron mi mirada para acariciar con una delicadeza única mis mejillas sonrosadas por todo lo que había sucedido entre aquellas paredes, ambos nos dimos una sonrisa cómplice antes de que sus brazos se volvieran la única protección que conocía.

Sus besos volvieron a endulzar con vitalidad cada zona desnuda de mi cuerpo mientras una tímida sonrisa aparecía ante la incertidumbre que cada mañana me plantaba mi corazón.

Era cierto que los sentimientos que nacían después de varios años eran lo más parecido a una verdad, no obstante, aún existían pequeños momentos en la noche donde la oscuridad ganaba la batalla de nuestros cuerpos pasionales; que mi alma pedía por aquella persona que me había robado mi alma y con ella la certeza de mi vida.

Sin embargo, eran tan reducidos estos momentos que ya simplemente los dejaba como falsas ilusiones de un alma atormentada que no dejaba salir jamás.

Me acerqué a él acariciando su rostro entre medio de las risas que nacían cada mañana que decidíamos que el sol también sería fiel testigo de que la bandera de locura estaban pintadas en nuestra vida.

Mis manos acariciaron su cabello rubio mientras que él buscaba con una diligencia única mis labios entre el paraíso implantado que era nuestra unión.

Él rió ante mis tímidos intentos de cariño y no tardó en aprisionarme entre sus brazos dejando que éstos fueran la única protección que mi vida haya conocido.

Sus ojos que eran océanos en tránsito dejaron la algarabía natural de su mirada y se llenaron de dulzura antes de que sus manos recostaran mi rostro en su pecho desnudo.

En eso se definía nuestras mañanas, en las constantes mareas que eran dirigidas por la pasión que nuestras almas desataban desde la madrugada.

Muchas veces eran simples miradas que guardaban la grandeza otras simplemente eran un vaivén de besos que ninguno de los dos rechazaba y en otras eran solo recuerdos que deseábamos cubrir de futuro.

—¿Me amas, Helen? —me preguntó dejando que sus ojos se volvieran el único reflejo que mi rostro podía ver.

Suspiré ante ello mientras una sonrisa se dibujó en mis labios.

—Más que nada —sentencié sintiendo cómo por primera vez una mentira sonaba tan real que no hubo duda alguna de mi parte de que podía ser tan sincera como una verdad.

Abril, 1930

Sus ojos azules danzaron entre medio de la oscuridad que ofrecían los míos.

Sus besos fueron un océano a escoger mientras se llenaban de un arsenal eterno de caricias, que invadían sin ningún tipo de tregua en nuestra intimidad.

Nuestras miradas chocaban como si fueran estrellas eternas en los fríos límites que la noche ofrecía, mientras que nuestros cuerpos se arrojaban entre las capas de pasión que se acumulaban cada día entre nosotros.

Sus labios profanaron mi alma como cada segundo que pasaba junto a él, mientras que mi corazón olvidaba aquella condena que me había hecho prisionera del amor.

Mis manos rozaron con cariño en sus hombros notando cómo en silencio las inseguridades que él presentaba ésta noche se hicieron presentes, suaves caricias tomaron como territorio a tomar su rostro a lo cuál Harry con una bandera blanca entre nuestras guerras internas no dudó en besar mis manos.

—Tranquilo, todo irá bien —sentencié con una sonrisa terminando de arreglar su corbatín negro que acompañaba a aquel traje azul marino que tanto me gustaba cuando él lo utilizaba,

Mis labios con curiosidad invadieron los suyos para sellar con un par de besos traviosos la emoción de aquella noche.

—No todos los escritores pueden decir que fueron éxitos en venta durante meses —lo animé antes de besar con dulzura su mejilla—. Seguramente ganarás, siempre conquistas a todo el mundo —concreté

haciendo que él riera y se atreviera a besarme sin ningún tipo de previo aviso.

—A mí solamente me interesa conquistarte —refutó acariciando mi cabello y yo sonreí ante esas palabras tan simples que podían apropiarse de mi corazón.

—Pues lo haces muy bien —aseveré antes de mirar ese océano en plenitud que insinuaban sus ojos, sin embargo, mi mirada se perdió ante el breve recuerdo que amenazaba a mi alma desde hace un par de días.

Eran tímidas ráfagas de un amor que pensaba olvidado pero que al parecer aún no estaba completamente reducido a cenizas.

—Me tienes embobada —agregué tomando el control de mis palabras acortando la distancia que se había presentado ante mis propias dudas.

Harry no tardó en esbozar una pequeña sonrisa por eso hasta que un suspiro fue dueño de las palabras que no tomaron voz.

—¿Ella ya no es parte de tu corazón? —me preguntó dejándome atónita por ello, ya que él jamás me había preguntado por Laia ni siquiera cuando se lo había confesado.

Nunca había existido algún tipo de comentario frente aquella realidad, tal vez por el hecho de que no era algo que mereciese ser mencionado, sin embargo, su pregunta llegó a desordenar el orden de mis pensamientos sin saber que responder ante ello.

—¿Finalmente te he conquistado? —me preguntó con un leve suspiro y yo asentí retomando la conversación.

—Ella ya no es parte de mis sentimientos —susurré notando cómo la mentira por primera vez en tantos años comenzaba a desteñirse de esa verdad que le había impuesto.

El silencio se convirtió en el sendero propuesto por ambos.

Ninguno de los dos pudo hablar más allá de los saludos necesarios que dábamos a todos los presentes aquella noche, mis manos temblaban ante la duda que cubría cada zona de mi cuerpo y realmente lo que deseaba era estar

sola.

Era extraño volver a sentir como mi pecho se sentía aprisionadas frente a sentimientos que pensaba que ya había olvidado, pero cuando el destino volvió a darme una estocada por la espalda en el momento que reflejó aquellos ojos verdes que yo ya no deseaba ver en un bonito vestido blanco que iluminaban aquella belleza eterna que solo la luna podía mostrar supe que unas miradas podían condenarme nuevamente a ese infierno que le llamaban amor porque mi piel se quemó con tan solo verla a ella sonriendo, pero mi respiración dejó de estar presente cuando sus ojos únicos volvieron a interceptar con los míos después de tantos años, sembrando ese verano de tiempos anteriores donde creíamos que todo podía ser posible solo con desearlo.

—Harry felicitaciones —fueron las palabras que hicieron que mi mirada volviera a la realidad donde ella no estaba sola.

Una dónde Laia seguía siendo la esposa de alguien más; una realidad dónde la tristeza desgarró mi alma al notar cómo su sonrisa desapareció en el preciso momento donde nuestras miradas dejaron de ser las protagonistas de aquella escena.

—No pensé encontrarte hoy —aseveró el castaño alto que llevaba de la mano a la pelinegra, quien no se atrevía a dirigirme la mirada como si supiera el efecto colateral que producía solo con nuestros iris chocando.

—Ciertamente yo tampoco —agregó emocionado el rubio antes de mirarme—. William te presento a mi esposa, Helen.

El hombre de ojos oscuros me miró con la duda atravesando su rostro sin poder saber de dónde me había visto, yo no dije nada pero traté de mantenerme calmada ante el hecho de que ciertamente yo lo odiaba lo suficiente como para asesinarlo en aquel momento, sin embargo, una sonrisa falsa atravesó mi rostro intentando calmar las mareas que habían nacido frente el encuentro de las viejas pasiones.

—Un gusto —afirmó antes de besar mi mano—. Tú ya conoces a Laia —comentó hacia el ojiazul, quien no tardó en asentir frente a eso mientras yo lo miraba impresionado por aquello porque no tenía ni la más mínima idea de

que los dos se conocían.

Nuestras miradas llenas de palabras que jamás iban a salir de nuestros labios quedaron inmersas entre tímidos ocasos que nuestros corazones sentían en aquel momento mientras que las ganas de llorar de ambas se hicieron presentes en aquel momento sin saber cómo escapar de aquella escena que nos reducía a volver dos almas separadas por el tiempo intentando vivir por separado en la mentira de que era posible seguir en pie sin la otra.

Definitivamente éste era el guión de la película más triste que podían haber escrito jamás.

Abril, 1930

Su mirada llenó esos cuadros sin pintar que el destino había dejado a su suerte.

Su voz llenó esas acordes que habían sido olvidados frente a las penurias de la vida.

Sus ojos llenaron de esperanza mi alma vagabunda,

su aroma fue capaz de derribar cada frontera que mi pecho había resguardado,

mientras que todo su ser fue capaz de devolver la vida que había sido arrebatada por los mares insensatos de mi alma atormentada.

Cada mirada se sentía como si fueran una estaca en mi pobre corazón, mientras ninguna de las dos sabía cómo hacer que aquel momento durara la eternidad que chocó entre medio de sus ojos verdes que había perdido su luz en el camino y los míos que seguían buscando a los de ella como el farol en su noche sin estrellas.

No pude negar que la belleza heredada de la luna aún existía en cada rastro de su piel que aquel vestido no cubría, sin embargo, me dolió ver cómo a pesar de ello su tristeza era lo único que pintaba su rostro dejando a un alma lleno de luz totalmente ennegrecida por las circunstancias del tiempo.

Atrás había quedado aquella mirada llena de estrellas que siempre me veía como si fuera lo más especial que tenía, no obstante, yo aún seguía viéndola con la misma pasión de siempre como si mi amor hacia ella hubiera vuelto a renacer entre medio de las mentiras que había hilado durante los últimos años.

Sin embargo, esa magia que desatamos con nuestras miradas perdidas hacia la imagen de un pasado distinta que ya no existía entre nosotras simplemente se desvaneció cuando la noche se convirtió en lo que nos hizo

separarnos, cada una por su lado sin siquiera ser capaz de decir alguna palabra frente al choque de nuestros corazones.

Pero un cálido roce qué tal vez fue coincidencia u obra de un plan mayor hizo que nuestras manos ilegales se conectaran por un segundo desatando esa lluvia de estrellas que nació la primera vez que nos encontramos cuando el destino era solo un suspiro de vida y todo podía ser posible, dejando implantada un poco de esperanza entre medio de la marea de penurias que azotaban nuestras vidas desligadas.

Mayo, 1930

*Cien veces me quedé callada ante tu nombre,
rechazándote ser la flor de mi vida.*

*Ciento y una me decidí a superarte,
sabiendo que aquella decisión era lo mejor para nuestro futuro.*

*Ciento dos me heriste bajo el yugo de tu mirada,
y aquella parte de mi alma que me arrebataste desde la primera mirada.*

*Ciento diez lloré bajo la marea que me mostraban tus recuerdos,
con un espolón en mi garganta que asesinaba cada parte de mi ser.*

*Pero aún así mil y un veces volvería a abrir mis alas,
bajo el concepto de amor que trajiste a mi destino.*

Mis manos ilegales temblaban una y otra vez mientras esperaba con una desesperación interna poder lograr que aquellos luceros verdes volvieran a ser parte de mi mirada.

Suspiré mientras veía cómo el reloj que se encontraba en la sala de espera se burlaba inconstantemente de mí con la sonrisa amarga que sus manecillas me ofrecían en cámara lenta.

Sin embargo, ante los minutos desafiantes que carcomían la realidad de aquella visita un pequeño rayo de esperanza en mi vida apareció a través de su nombre y la forma en que el tiempo seguía deteniéndose cada vez que mi mirada era capaz de estar con la suya.

Las palabras no se hicieron presentes mientras nuestros rostros intentaban encontrar las respuestas de todos esos años en donde nuestros caminos se habían separado esperando que ese finalmente fuese el final de la historia, pero el destino tenía otro tipo de planes con nosotras.

—No esperaba tu visita —mencionó extrañada sin poder desatar libremente las palabras que deseaba.

La conocía o al menos eso era lo que mi corazón me decía al reconocer cómo sus facciones se veían distintas a la última vez que nos habíamos visto.

Tal vez simplemente ya éramos solo un par de desconocidas frente a nuestros propios recuerdos.

—Yo tampoco esperaba que lo hiciera —sentencié notando cómo Laia simplemente no me miraba de la misma manera que había existido entre nosotras.

Ahora solo eran sombras que la ocultaban en un tipo de oscuridad que no era capaz de definir pero era lo suficientemente grande como para arrebatarse el dominio celestial que sus ojos siempre habían tenido.

Sin embargo, en aquel momento dónde comencé a sentir la presión de creer que me había equivocado al volver a buscarla ella simplemente se rindió ante mis brazos en un gesto que mi cuerpo reconoció en tan solo unos segundos y fue incapaz de negarlo.

Sus lágrimas envolvieron mis reflejos, mis defensas haciendo que todos esos años donde habíamos estado separadas solo se volvieron en cenizas de un pasado que no merecía ser recordado.

—No sabes cuánto te he extrañado — me susurró entre lágrimas mientras mi corazón no dejaba de encogerse ante los océanos que estaban creados bajo su mirada.

—¿Por qué volviste a mi vida cuando pensé que ya te había superado? —dije acumulando palabras que no querían salir de mis labios, pero que se hicieron presentes en aquel momento sin ningún tipo de retención.

La pelinegra me miró por unos segundos en un intento de creer cada una de esas palabras envenenadas que se mostraron en el ambiente.

—Porque nunca fui capaz de olvidarte —respondió en un suspiro—. Ni en ésta ni en mil vidas más podría ser capaz de olvidarte.

Junio, 1930

—¿Hoy no hay poemas?—me preguntó Harry cuando notó cómo todo mi cuerpo aún seguía repitiendo una y otra vez ese breve instante en dónde había reencontrado a la dueña de aquel brillo que sabía que ya no seguiría dentro de mí pero que Laia con una simple mirada fue capaz de devolverlo.

—¿Sucede algo? —preguntó inseguro mientras su manos recorrían mi cuerpo desnudo.

Por primera vez sus manos solo se convirtieron en ásperas y sin sentido alguno, por lo cuál aunque quisiera seguir manteniendo aquella mentira por más tiempo sabía que no era justo para ninguno de los dos vivir a través de falsos recuerdos que yo había decidido delinear con verdad por lo cuál quité sus manos observando como todo su rostro me miraba taciturno sin entender lo que estaba sucediendo, no obstante, yo tampoco lo entendía.

No entendía la razón por la cuál un par de años de felicidad segura habían sido disueltos por tímidos encuentros en las últimas semanas.

Había caído nuevamente en la magia que sus ojos verdes podían ofrecerme y mi corazón volvía a recordar como era estar con vida porque solo ella era capaz de otorgar aquella definición a mis sentimientos.

—He vuelto a ver a Laia —sugerí mordiendo mi labio ante la falta de expresiones necesarias para poder describir todo lo que recorría mi alma.

—William me lo ha comentado — contestó con la mirada seria que rara vez me dedicaba.

Sus grandes luceros azules se ensombrecieron en un par de segundos sin buscar algún tipo de deducción sobre ello sino que simplemente buscaron mis ojos oscuros para darse cuenta de esa verdad que se esparcía por cada

rastro de mi piel y que no me atrevía a confesar.

—No puedes volver con ella —dijo finalmente con la voz segura y rota que sabía que saldría de sus labios después de todo lo que habíamos vivido.

Mi mirada no fue capaz de buscar la suya porque me sentía culpable al no corresponder de la forma en que él se lo merecía. Sus labios no tardaron en profanar los míos en un intento desesperado de poder buscar lo que Harry creía que siempre había sido verdad.

La mentira que yo había sembrado durante años solo para poder ocultar mis verdaderos sentimientos.

—Es una locura —manifestó apenas sus labios se apartaron de mí y yo cerré los párpados con la fuerza devastadora de querer llorar, pero sabía que no podía mostrarme débil en aquel momento.

—La amo —comenté sintiendo cómo era la primera verdad que salía de mis labios desde hace mucho—. Nunca dejé de hacerlo —reafirmé mientras el aire se volvía cada vez más denso entre nosotros.

Harry se quedó en silencio por unos segundos hasta que su semblante cambió totalmente dejando atrás la paciencia.

—Helen —respondió desatando su furia sobre cada una de sus palabras.

No lo culpaba por ello porque era lo justo, sin embargo, jamás había sido testigo de verlo de esa manera.

Sus ojos azules centelleantes se perdían ante la furia al igual que su semblante delicado y tolerante.

—Eres una mujer inteligente y sabes que eso es simplemente imposible —manifestó empuñando sus manos.

—¿Puedes grabar esas palabras en mi corazón? —afirmé en un suspiro mientras mi mirada suplicante quedaba entre su rostro—. Porque no le ha quedado claro en todos éstos años, si pudieras hacerlo me harías el mejor regalo del mundo —sentencié sintiendo cómo las lágrimas comenzaban a caer de mis mejillas—. No puedes —concreté mientras mi voz me fallaba—.

Yo tampoco he podido hacerlo y sigo cayendo a sus pies aunque así no lo quisiera —agregué antes de suspirar—. No puedo seguir mintiéndome, mintiéndonos —aseveré acariciando su mejilla—. Mereces alguien que te ame totalmente y no alguien que quiera insertar una mentira entre sentimientos puros, lo siento.

Fue lo último que dije antes de levantarme de la cama que habíamos compartido durante tantas noches, no obstante, Harry fue capaz de sujetar mi brazo dejando que nuestras miradas se perdieran ante la fría realidad.

—Puedes irte, dejarme —sentenció con su semblante totalmente serio—. Pero jamás podrán ser felices juntas, ni hoy ni mañana. —asentí porque ninguna de esas palabras eran nuevas para mis emociones, sin embargo, mi corazón incauto volvía a caer ante las esperanzas de un futuro entre nosotras. —Solo te estás condenando a una tragedia que no tiene solución —finalizó soltando mi brazo.

—El problema está en que mi felicidad contigo no es real, es por eso que a pesar de ser consciente de que con ella solo viviré tragedias, sigo pecando una y otra vez, porque ella es la dueña de mi de felicidad.

Junio, 1930

Todas las inseguridades que existían al pronunciar su nombre simplemente se las llevó el viento cuando su voz resonó entre la cabina de teléfonos que se encontraba cerca de la estación central.

Una sonrisa que se llenaba de todas esas palabras que nacían en mi corazón gracias a ella apareció en mi rostro cuando fui capaz de escuchar cómo la dulzura aún seguía presente en ella sin importar todas las improbabilidades que nacían ante nosotras.

—Te amo —susurré carcomida entre mis propias lágrimas gracias a la presión que ejercían todos esos sentimientos que no debían ser correspondidos por ninguna.

Ni siquiera debían estar presentes pero lo único que hacían eran volverse cada vez más fuertes mientras los minutos pasaban.

Nuestros corazones palpitaban con el mismo impacto, el mismo miedo los aniquilaba a encontrarse entre el sonido de nuestro sufrimiento y la falta de oportunidades que teníamos de crear un futuro juntas.

—Te amo más de lo que podría confirmarse como real —manifesté tragando mis propias palabras mientras la rabia comenzaba a instalarse en cada punto de mi corazón, la injusticia de no poder expandir las alas de nuestro amor era lo que nos volvía a hundir una y otra vez en la misma película sin final feliz donde vivíamos la tragedia escrita para nuestros destinos.

—Recuerdas cuándo éramos niñas y prometiste que te casarías conmigo para amarme por siempre —preguntó débilmente mientras podía escuchar de su parte aquel sonido de dolor que se manifestaba en nuestro rostro a través de nuestras lágrimas, pero a través de todo nuestro cuerpo en pequeños gestos que nadie más allá de nosotras notábamos.

¿Cómo podíamos ser tan incompatibles y a la vez sentirnos destinadas?.

—Lo recuerdo —refuté secando mis lágrimas queriendo tenerla a mi lado y poder quitar las que seguramente se encontraban en su rostro—. Aún sigo creyendo que es la única promesa que quiero mantener por el resto de mi vida —musité dejando que mis dedos se posaran por el teléfono queriendo sentir su piel sobre mi tacto, por lo cuál rápidamente empuñé mis manos ante el hecho de que las distancias seguían sentenciándonos a no estar juntas.

—No hay nada que me ate a esta vida —sentenció dejando que el dolor de su alma se hiciera presente—. Después de la muerte de Kathy, no tengo nada que me haga siquiera dudar de que quiero vivir contigo hasta el fin de mis días —manifestó dejando que mis sentidos me traicionaran recordándome el olor de su cuerpo junto al mío.

La forma en que nuestros besos podían traer el paraíso desde los mismos infiernos; su rostro iluminado por la claridad de la luna destilando la belleza nata que solo ella podía ofrecer a simples almas humanas.

—Esta noche —dije finalmente segura de las palabras que salían de mis labios, jamás había estado tan segura de nada en mi vida más allá de mis deseos hacia Laia fue por eso que a pesar de las dudas nacientes por mi cordura, simplemente las ignoré siguiendo las órdenes de mi corazón—. Te estaré esperando en la estación que queda a tres calles del banco —respondí quitando de una manera rebelde mis lágrimas—. Es nuestra única oportunidad —sentenció sabiendo que Harry no tardaría en comentarle a William lo que había sucedido en la mañana y que a diferencia de el rubio, él no lo tomaría de la misma manera pacífica.

Mis manos volvieron a empuñarse al recordar cada uno de los comentarios sobre maltratos que había sufrido la pelinegra durante todos estos años de parte de su esposo quien ni siquiera merecía ser llamado hombre.

La frialdad con la cuál mi corazón era capaz de dictar su muerte era suficiente para hacerme hervir la sangre, no obstante, lo único que me importaba en éste momento era mantenerla a salvo conmigo como siempre

debió ser.

—Iría contigo hasta el fin del mundo —agregó—. Al infierno si quieres porque creo que cualquier lugar sin ti sería peor que morir.

Final

El tiempo azotaba mis pensamientos mientras dos boletos en tren a un destino que no teníamos en nuestras mentes, pero parecía lo más lejano posible como para comenzar todo de nuevo, se mostraban tentadores entre mis manos descansando ante la expectativa de todos mis sentimientos que estaban alerta.

Suspiré sintiendo cómo la noche se hacía eterna entre el ocaso de la tarde y la forma en que parecían haber pasado siglos desde todo lo que había sucedido en la mañana hasta este momento donde mi mente solo podía pedir que el tiempo fuera mucho más rápido que el castigo que estaba recibiendo de su parte.

Sin embargo, cuando pude notar cómo una mirada desesperada y a la vez llena de esperanzas que no había visto hace mucho tiempo se presentó de parte de esa misma pelinegra que estaba como base de todos mis recuerdos.

Las lágrimas se hicieron presentes recordando cómo yo había sido parte de su vida desde mucho antes de saber lo dura que era ésta, mientras que ella había sido parte de la mía dándole esa magia que aún no se desprendía de mi pecho.

Ambas nos miramos por unos segundos sintiendo cómo nuestros pechos iban a estallar de la emoción, hasta que finalmente rompimos esa distancia sintiendo como nuestros cuerpos volvían a tener aquel destello de vida que el tiempo nos había hecho olvidar.

Sus labios profanaron suavemente los míos sin tener algún tipo de conciencia frente a las personas que aún se encontraban a éstas horas en la estación, no obstante, yo no pude darle ningún tipo de término a la magia que ella comenzó a destilar con su presencia en toda mi piel.

—¿Esto es real? —me preguntó con timidez mientras su voz se marcaba en mi corazón mostrándome como aquella faceta suya de

hermosura, apenas podía ser divisible luego de tanto tiempo de maltratos realizados por los infortunios de nuestra vida.

Mi mano recayó en su mejilla y pude notar que a pesar de que ella confiaba en mis caricias, Laia se apartó por inercia destrozando de a poco mi alma, sin embargo, rápidamente un beso en su mejilla se convirtió en la prueba de que no me importaba sacrificar toda mi vida solo para que ella volviera a ser feliz y esa chica de grandes ojos verdes de la cuál llevaba enamorada toda mi vida.

—No lo sé, pero si no lo es entonces no hagamos que este sueño acabe —sentenció riendo un poco por como sonaba eso.

La locura era parte de nosotras pero aún así no nos importaba aquello, los ojos verdes como esmeraldas de la pelinegra centellaban como miles de noches estrelladas lo cuál solo me sedujo a besar nuevamente sus labios de una forma tan dulce y tan pura como era nuestro amor.

Nuestras miradas volvieron a perderse en aquel mundo sin límites donde nuestro amor no tenía significados creados por la sociedad, tampoco tenía restricciones ni tampoco tenía algún tipo de pecado entre sus alas.

Volvimos a ese momento donde la luz de la luna fue capaz de acompañarnos dando las primeras palabras certeras a una historia llena de cicatrices, facetas y cráteres, pero que al igual que la luna era capaz de seguir enamorando a cualquiera que fuese capaz de admirar como la noche es quién se lleva todos los secretos de amor.